Da Blanca de Navarra

3064

Ignacio Garcia

Doña Blanca

DE NAVARRA.

DRAMA HISTORICO, ORIGINAL,

en cuatro actos, en prosa y verso.

SU AUTOR

Don Ignacio Garcia Ontiveros.

LIBRERÍA DE COSTA
9, CARRETAS, 9
MADRID

Madrid:

IMPRENTA DE CRUZ GONZALEZ.
1839.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/doablancadenavar21121garc

A los Excmos. Sres.

D. MAURICIO CÁRLOS DE ONÍS,

Y

Doña Carolina de Onís.

Al dar al público esta produccion dramática, no ha sido mi ánimo el aparecer en la arena literaria como un genio competidor de los infinitos que están embelleciendo este arte tan encantador como difícil. Mis cortos conocimientos, mi temprana edad, y los modelos tan inimitables que constantemente se están dando á luz por genios tan felices como los del jamás bien loado Zorrilla, Hartzenbusch, y mi apreciable amigo D. Antonio Garcia Gutierrez, son suficientes á intimidar á un jóven, que por primera vez se arroja á la justa crítica de su delicada pluma y de sus vastos conocimientos. Sin embargo, no el deseo de competir, sino el de poder algun dia aspirar con el estudio y la aplicacion, á que mis producciones no sean leidas con el hastío que causa una mala lectura, es lo que me ha movido á someter este efímero trabajo á la indulgencia de los literatos y á la de mi

612797

protector y amigo el Sr. D. Mauricio Cárlos de Onís. Ninguno mejor que V. E. con su acreditado talento puede juzgar mi obra, que si bien conozco que está llena de innumerables defectos, y que ni la novedad de su argumento ni la cultura de su lenguage, pueden lisongearle, al menos no dudo la estimará tanto como sabe apreciarme á mí. Asi que confiado en V. E. y en la amabilidad de su esposa, espero será leida mi produccion con el mismo gusto con que han solido leer siempre mis mal cortados versos. Quisiera que fuese digna esta obra de las personas á quienes la dedico, pero ya que no puedo ofrecerles una produccion honrosa, les consagro al menos el buen deseo y la gratitud de su reconocido y afecto amigo

IGNACIO GARCIA ONTIVEROS.

Este drama es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

PERSONAS.

Enrique IV.	Un Capitan.
Juana de Portugal.	Pelaez. } *Cortesanos.*
Blanca de Navarra,	Molina. } *Cortesanos.*
Doña Isabel.	Una Abadesa.
El marques de villena.	*La hermana* gertrudis.
El vate Ausias marc.	Un Carcelero.
Atahar, *alferez.*	

Damas y Ballesteros de la Reina. Monjas. Soldados castellanos. Jente del pueblo.

La accion en el primero y cuarto acto es en Cuenca y la del segundo y tercero en las campos de Granada.

SIGLO XV.

ACTO PRIMERO.

Cámara de la Reina con una ventana al frente y dos puertas laterales. Doña Juana sentada con un papel en la mano. El marqués de Villena tambien sentado y en trages de caza.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA Y EL MARQUES DE VILLENA.

Marqués. Con que, segun decís, aun le tendremos por allá algun tiempo.

Juana. Leed si quereis su carta: son por demas los triunfos que va adquiriendo cada dia en los campos de Granada. A no verse Castilla invadida de tantos enemigos, pronto contaríamos con una paz estable y lisongera.

Marqués. Sin embargo, señora, los enemigos de vuestro esposo don Enrique son bastante pertinaces, y su hermano don Alfonso va adquiriendo mas prosélitos de los que era menester; pero todo podrá componerse. Los tiempos varían, como varían tambien los pensamientos de los hombres.

Juana. Sí; pero mientras dirijo las riendas del gobierno, mientras al pasar por las calles y paseos de Cuenca, veo en cada vasallo un enemigo que si pudiera me arrastraria por las calles.... verdad es, que la opresion en que los tenemos no puede producir otra cosa. ¡Ay¡ aquella paz en que vivia entre los mios....

Marqués. Aquellos dias tan halagüeños que disfrutamos en Portugal, cuando libres de tantos cuidados nos entregamos á los placeres... al amor...

Juana. ¡Ah! sí, callad: no me recordeis esos tiempos; tambien sabeis los disgustos que despues nos han producido. Nuestro licencioso amor fue marcado con el sello de la

reprobacion; y aquel fruto de mis entrañas fue víctima del descuido, quizá de vuestro abandono. (*Se levanta.*)

Marqués. No teneis en que culparme: vos misma me dijisteis que para ocultarle á la vista de la corte de Portugal, era indispensable entregarle con fingido nombre al cuidado de alguna persona de mi confianza; ninguno me pareció mejor que mi buen amigo Roberto de Santafé, que á la sazon se encontraba en el egército del rey don Enrique: llamado por este para dirigir las riendas del gobierno, tuve que abandonaros y emprender mi marcha para Castilla.

Juana. En efecto, ese fue otro disgusto que me produjo tu amor.

Marqués. Sí; pero al mismo tiempo pude lograr á pocos años el repudio de doña Blanca para enlazaros con el rey. Esta fue una de las intrigas de mi mayor empeño. Por fortuna el rey vuestro esposo se ha dejado dirigir como queria; su carácter débil y amilanado apoya todos mis proyectos, y bien sabeis que vuestros alhagos y mis adulaciones le tienen ofuscada la razon.

Juana. Sí, mas descuidar de tal modo la suerte de nuestro hijo ha sido un abandono imperdonable.

Marqués. Eso era una consecuencia indispensable. Las diversas alteraciones políticas interrumpieron por algun tiempo mi correspondencia con Roberto Santafé, y cuando intenté con el mayor empeño indagar su paradero supe que habia perecido, aunque con gloria, en el campo del honor, de consiguiente nada pude saber de nuestro hijo.

Juana. ¡Infeliz! ¿y cuando se lo confiásteis supongo que no os olvidaríais de hacerle alguna señal para....

Marqués. Nada de eso; únicamente le entregué diez mil escudos de oro, para que tuviese un capital con que vivir.

Juana. ¿Y el cuchillo de monte?

Marqués. Tambien se lo entregué con el encargo que me hicisteis de que le conservase toda su vida. ¡Pobre Santafé!

Juana. No correspondió muy bien á vuestra confianza abandonando el hijo que le entregasteis.

Marqués. Verdad es; si supiera el hombre cuando era el dia de su muerte.....

Juana. Y tal vez no le diria al morir el secreto de su nacimiento.

Marqués. Tanto mejor: secretos hay en la vida que conviene ignorarlos. En fin no hablemos ya de una cosa perdida; vayámonos á nuestra acostumbrada caza, que á mi ver se va ya haciendo tarde. (*Se asoma á la ventana.*) Ya está á las puertas del palacio la chusma popular.

Juana. Si, nos iremos: precisamente no hay cosa que me distraiga mas que el ver dar vueltas á una cierva ó á algun javalí herido.

Marqués. Pues hoy no falta gente á veros salir: muy obsequiosos se van haciendo los castellanos.

Juana. A ver? (*Se asoma.*) Efectivamente, hacia ya algun tiempo que no tenia quien me interrumpiera el paso.... Tanto mejor. (*Cierra.*)

Marqués. Sin duda les llamará la atencion vuestros nuevos lebreles, ó el trage que sacais hoy de caza. Pobre pueblo, siempre tan fátuo. (*El marqués abre una puerta y sale con la reina.*)

ESCENA II.

Plaza pública coronada de gente; á la derecha el palacio real con guardias á sus puertas.

ATAHAR *y un* CAPITAN, *paseándose*

Capitan. ¿Sabeis qué digo, Atahár? Segun veo no va á caber tanta gente en la plaza.

Atahár. Lo mismo digo yo.

Capitan. Desde que el rey Enrique IV salió de Cuenca en persecucion de los enemigos de Israel, jamas he visto tanta concurrencia á ver salir á la reina.

Atahár. Ni yo tampoco.

Capitan. Cosa rara: cuando todos la odiamos, venir á verla montar en su soberbio alazan para ir á matar fieras,

mientras los pobres castellanos.... já, já.

Atahár. ¡Qué necedad! por la cabeza de san Juan que calleis. (*Algunos del pueblo se van sentando.*)

Capitan. Como buen militar me gusta hablar de todo: mirad aquello; ya están hartos de esperar y se van sentando en el suelo.

Atahár. Es que solo se sientan los viejos.

Capitan. Ya.... (*Se pasean.*)

Uno del pueblo 1.º No impida el paso.

Hombre 2.º Yo aguardo lo que aguardo, y por eso me he sentado.

Centinela. Lo mismo haria yo si pudiera.

Hombre 1.º Te pesa la lanza?

Centinela. Bastante.

Hombre 2.º Pues pídele por favor al mágico Ausias Marc que aligere su peso.

Centinela. No hay que agolparse todos.

Hombre 1.º Que no empujen.

Centinela. Cuanto mas distantes estén, mejor verán á la reina.

Hombre 1.º Yo estoy harto de verla.

Una muger. Buena arpía.

Uno. Cállese muger.

Otro. Dice bien, sí señor, dice bien.

Uno. Y yo tambien.

Varios. Y yo, y yo, y yo....

Centinela. Silencio, y háganse atrás.

Atahár. (*Al capitan.*) Me parece que todos pensamos de un modo.

Capitan. ¿Por qué?

Atahár. ¿No oyes qué cansado está el pueblo?

Capitan. Sí; ya lo veo.

Atahár. ¿Sabes lo qué hay?

Capitan. Yo no.

Atahár. Se aguarda al Vate Ausias Marc.

Capitan. ¿Al mágico?

Atahár. Sí; como sabes que es presagiador de todos los males, y entiende de astros, y prevee las guerras, en fin, sabe tanto, por lo que goza de un gran favor con los reyes, vienen á pedirle presagie cual ha de ser la suerte de Castilla, viéndose mandados por esa ilegítima

reina Doña Juana de Portugal, y por su despótico ministro el marqués de Villena; y si es adversa, no estará demas el poner bien nuestra alma con el señor.

Capitan. Contarán con parte del ejército.

Atahár. Y con toda Castilla.

Capitan. Bien; pues entonces que cuenten conmigo.

Atahár. ¿Veis toda esa gente? pues toda viene bajo mis órdenes; la mayor parte es de la nobleza de Castilla.

Capitan. ¿Qué decis?

Atahár. Toda es buena para un empeño: por hoy no se trata de mucho. En un caso de apuro aqui tengo mi espada: si la perdiese no me faltaria otra arma con que defenderme.

Capitan. ¿La mia?

Atahár. No: para dar muerte á un traidor basta una arma corta, que no se quiebre; una arma que pueda esconderse con facilidad; un puñal, por ejemplo.

Capitan. Teneis razon. Un puñal con dos filos, ó un cuchillo bien vaciado.

Atahár. Asimismo: precisamente jamás me falta á mí uno que me dió mi buen protector poco antes de morir; dijo que por él podria descubrir el misterio de mi nacimiento, y por eso siempre le llevo conmigo; jamás me he servido de él, pero como llegase el caso no tendria inconveniente en clavarle en el pérfido seno del marqués de Villena ó de....

Capitan. ¡Chist! callad. Guardadle bien, y plegue á Dios no tengais necesidad de usar de él.

Atahár. Dios os oiga.

Capitan. Tal vez será el de algun salteador de caminos.

Atahár. Con tiento, mi capitan, que mi buen protector, que santa gloria haya, no tenia cara de eso. (*Se oye marcha real; sacan las espadas y se ponen á las puertas del palacio: el pueblo se agrupa.*

Hombre 1.º (*Mirando al palacio.*) ¡Cuánta comitiva! salen por la puerta que da al campo.... Todos llevan ballestas.

Hombre 2.º Irán de caza.

Hombre 1.º Al bosque del marqués de Villena.

Uno. Ayer mataron once jabalíes.

Otro. ¡Cáspita! Allí va el marqués. (*Murmullos en el pueblo.*)
Uno. El tigre de Castilla.
Una muger. La reina.... viva.
Varios. Chist.... fuera.
Uno. Matar á esa bruja.
Capitan. Orden, órden, váyanse á la otra puerta.
Uno. Allí viene, allí viene.
Otro. El mágico.
Varios. Bien.... bien....
Uno. Ya llega, viva.
Todos. Viva.

ESCENA III.

DICHOS *y el* VATE, *que se quedará en la primera grada del palacio.*

Vate. ¿Qué me quereis, ó nobles castellanos,
Necesitais de mí?
Atahár. Sí; sí, escuchadnos.
(*El pueblo rodea á Atahár; reina un gran silencio.*)
Queremos nuestra paz, y nuestras vidas;
mi voz responde por Castilla entera,
y en mí te implora con humilde ruego
que su suerte presagies; tú que sabio
mereciste de un rey la confianza,
y el aprecio de un pueblo que te adora,
y acata tu saber; tú, noble Vate,
de un pueblo dolorido el eco escucha,
que humilde á tu saber dobla su cuello.
Vate. Esponme tu mision, fiel castellano,
y el cielo oirá tus dolorosas quejas.
Atahár. Castilla gime bajo el fiero yugo
de un monarca que débil é impotente,
al repudiar de su amoroso lecho
á nuestra Reina y su legal esposa,
llenó este suelo de tristeza y luto.

Asombrada Castilla lo miraba
como un crímen atroz, y desde luego,
se esparció la discordia y los horrores,
al ver sentada en nuestro trono augusto
una esposa ilegítima ante el cielo
que un Dios ha reprobado; y sus ministros
subyugando á Castilla envanecidos.
¿Quién al hombre jamás poder le diera
de dominar á su capricho al hombre?
Siempre al esclavo subyugó el tirano
atándole á sus pies férreas cadenas,
y los quejidos y dolientes ayes
jamás su pecho endurecido ablandan.
Asi Castilla padeciendo humilde
tras largos años de penosas quejas,
imploran tu presagio, noble Vate;
tú que á los astros con tu ciencia miras
leyendo el porvenir, dínos te ruego,
dínos, oh Vate, de Castilla el hado.

Vate. Ya te he escuchado, castellano noble,
jamás, bien lo sabeis, he desoido
la voz del pueblo cuando pide justo,
ni el poder de los reyes alhagára.

Pueblo. ¡Viva Ausias Marc!

Vate. Oidme, castellanos,
Vuestras quejas son justas.

Pueblo. Viva, viva.

(*Se ve abrir misteriosamente un balcon del palacio á un cortesano que escucha.*)

Vate. Cansados de sufrir la tiranía
de unos reyes sujetos á un ministro
que ambicioso los ciega, y que pretende
sujetar á Castilla á su capricho,
con justicia os quejais; todos los grandes,
y de este suelo la nobleza entera,
todos temisteis porque viais ciertos
la discordia esparcida por la patria;
lleno de triunfos nuestro rey Enrique
en esa guerra contra infieles justa,
dejó entregado el cetro castellano

en manos de una reina caprichosa:
dejada dominar de sus ministros
os quieren subyugar, y vuestra suerte
es harto desgraciada, castellanos,
la estrella que os preside, lo presagio,
es muy contraria á vuestra paz.

Atahár. (*Al pueblo.*) ¿Lo oisteis?
(*Murmullos en el pueblo.*)
Mostrad ese presagio á los ministros
y á los reyes tambien.

Vate. En vano pides:
este presagio que os alhaga tanto
conmoveria su agitado seno:
la razon á los reyes les amarga
y escita su rencor; y ¡ay! desgraciado
del que osa descubrirles sus defectos,
y en sus lábios no muestra la sonrisa,
ni adula su poder. Yo solo debo
mostraros el presagio que pedíais;
os cumplí mi promesa, castellanos,
salud, salud os digo.

Atahár. El cielo os guarde.
(*El cortesano cerrando el balcon.*)

Cortesano. Es preciso que al punto el marqués sepa
y la reina tambien este suceso.

(*El Vate se retira por el mismo palacio; el pueblo rodea á Atahár.*)

ESCENA IV.

DICHOS *menos el* VATE.

Atahár. Ya el presagio escuchamos; dura suerte
nos espera quizás, si aletargados
arrastramos mas tiempo las cadenas:
yo parto de Castilla á los reales,
á animar el ejército y los pueblos.
Os queda á vuestro frente el Vate mismo
y la infanta Isabel, y despues ellos
de estremo á estremo buscarán acaso

á la inocente Blanca de Navarra,
que es legítima reina de Castilla.
Aunque en la lucha perezcamos todos,
sacudid este yugo muy mas triste
que la muerte sufrir entre mil lanzas.
Guardareis precaucion hasta mi vuelta,
que muy breve será; y á vuestro frente
levantaré la voz de la justicia
en pos de vuestras armas victoriosas.

Capitan. Contad con mis soldados, noble jóven.
Uno del pueblo. Y con mil lanzas y con veinte pueblos.
Otro. Contad con nuestro arrojo y nuestros brazos.
Varios. Viva Atahár
Atahár. (*Abrazando á algunos.*) A Dios paisanos mios.
(*El pueblo se retira.*)

ESCENA V.

Bosque frondoso: hombres ojeando caza. Ballesteros y pages colocados en diversos sitios con ballestas en las manos. Damas de la reina tejiendo ramos de flores. Doña Isabel observándolas.

DOÑA ISABEL, DAMAS *y un* CORTESANO.

Dama 1ª (*Con una flor en la mano.*)
Si á vuestra Alteza os agrada
será mas bella esta rosa
si en esa trenza graciosa
puedo verla colocada. (*Se la pone.*)
Isabel. Bellas son, Laura, las flores,
pero á mí no me están bien....
Dama 1ª Parecen en vuestra sien
de púrpura sus colores.
Dama 2ª Y si aceptais de mi mano
le he tejido para vos. (*La ofrece un ramo.*)
Isabel. Os doy gracias á las dos. (*Lo acepta.*)
Cortesano. Mucho de flores gustais.

Isabel. Sin duda, por ser hermosas.
Cortesano. Muy mal parecen las rosas
donde vos, señora, estais:
con vuestro fino color
ajais tal vez su hermosura....
Isabel. ¿De veras?... Se me figura
que estais de muy buen humor.
Cortesano. Como se hablaba de flores
y estoy de cazar cansado.
Isabel. Pronto os habeis fatigado.
Cortesano. Me gusta hablar mas de amores.
Isabel. Doncel sois de pocos años.
¿Amais ya?
Cortesano. Con demasía.
Y no fué la culpa mia
que yo no supe de engaños.
Isabel. Será tu dama muy bella.
Cortesano. Donosa la formó Dios,
pero mirándoos á vos
pudiera olvidarme de ella.
Isabel. ¿Si os oyese qué diria?
Cortesano. Dijera que erais hermosa,
mas fuera muy rigurosa
si por eso me reñia.
Isabel. Advertido es el doncel,
aunque sois algo inconstante;
quiero decir, sois amante.....
Cortesano. Eso sí.
Isabel. Pero no fiel.
(*Suena el clarin para el ojeo.*)
Id á cazar; no dejeis
de seguir á la carrera
alguna cierva ligera
de que glorioso triunfeis.
Es gala del cazador
presentar su presa herida,
su ballesta enrojecida,
orgulloso vencedor;
y obsequiar luego á una bella
con la fiera que rindió,

diciendo no la acabó
por presentársela á ella.
Vos tan galan, tan cumplido....

Cortesano. Dos cosas hay con razon
que me llamen la atencion
en el mundo; ser querido
de una niña encantadora
cuya admirable hermosura
sea de amor la pintura;
y la egunda, señora,
ver á mis pies una fiera
teñida en sangre, humeando,
á quien seguia acosando
á la agitada carrera.

Isabel. Teneis buen gusto, marqués;
si conseguís vuestro objeto
sereis feliz.

Cortesano. Yo os prometo
rendir pronto á vuestros pies,
la primer fiera que baje
por el monte mas cercano.

Isabel. Os doy gracias, cortesano.

Cortesano. Al bosque voy, venga un page.

(*Vase el cortesano seguido de un page que le acompaña; la infanta Doña Isabel le sigue con la vista.*)

ESCENA VI.

EL VATE *y dichos.*

Vate. Seguid, oh damas, tejiendo
vuestros ramos de mil flores,
cuyos fragantes olores
van el monte trascendiendo. (*Repara en Isabel*)
¿Sois vos? á fé no os veia.

Isabel. ¡Estáis aqui! ¡Qué consuelo!
Bien sabeis que os formó el cielo
para causar mi alegría.

(*El Vate la coge de una mano y se adelanta mas al foro.*)

Vate. Sumo placer he encontrado
de hallaros á vos primero;
merced al buen ballestero
que á este bosque me ha guiado.
¿Dónde está la reina?

Isabel. Ahora
en ese bosque.

Vate. ¿Cuál es?

Isabel. El que llaman del marqués.

Vate. No está segura, señora.

Isabel. ¿Qué decis?

Vate. Por nuestro bien
el pueblo está amotinado,
y nuestro triunfo logrado.

Isabel. Y la guarnicion?

Vate. Tambien.

(*Hablan en secreto y se pasean: voces de los ojeadores por dentro.*

Hombre 1.º A la cierva, á la cierva.

Idem 2.º Por la zanja.

(*Suena la trompa de caza: las damas y ballesteros se suben sobre las peñas á mirar.*

Dama 1.ª Podremos verla desde aqui?

Idem 2.ª Señora,
miradla es una cierva.

Idem 1.ª Ahora, ahora.

Hombre 1.º Al valle, al valle baja, por el rio.

Dama 1.ª Mirad al hijo mio.

Idem 2.ª La va á herir el primero
si ataja por el prado,
ó no se le adelanta el ballestero.
(*Griteria en los cazadores.*)

Dama 1.ª La reina la tiró; fué la primerá.

Idem 2.ª Yo dudo si el doncel la ha precedido.

Hombre 1.º Señora, ambas saetas la han herido,
clavadas llevá dos en un costádo.
Miradla, ya cayó; muere en el vado.

(*Los ojeadores, damas y ballesteros bajan corriendo y desaparecen de la escena, quedándo en ella solos el Vate y doña Isabel.*

Vate. Isabel, contad conmigo,
preciso es disimular
hasta llegar á alcanzar
el triunfo.

Isabel. Mi buen amigo,
¿podremos verla otra vez
en el sólio de Castilla
ocupar la régia silla
de las virtudes la prez?
Buen Vate, no abandoneis
á doña Blanca, y si ella
desoye vuestra querella
suplicárselo debeis.
Decid que Castilla llora,
que su Isabel adorada
está de llanto bañada
hasta no verla.

Vate. Señora,
que viene gente diviso.
siento pasos.... alguien es....
silencio; si es el marqués
disimular es preciso.
(*Entra el marqués de Villena.*)

ESCENA VII.

MARQUES *y dichos.*

Marqués. Guarde Dios á sus mercedes. (*Saludando.*)
Vate. Señor marqués.
Marqués. Vuestro encuentro
me es importante, queria
hablaros en el momento
de asuntos....
(*El marqués mira como si pudiera alguien estorbarle.*)
Isabel. Si mi presencia....
Marqués. Mis labios nunca quisieron
ofender....

Isabel. Voy hácia el bosque.
Marqués. Señora.... (*Haciendo un acatamiento.*)
Isabel. Vil; ya te entiendo. (*Aparte, y vase.*)
Marqués. Buen Vate, si á cazar íbais
hablaros antes deseo.
Vate. Podeis hacerlo en buen hora
que sé guardar un secreto.
Marqués. Vate, mirad lo que haceis:
sabeis que privanza tengo
con el rey; de doña Juana
soy árbitro consejero,
y que abriendo yo mis labios
toda Castilla sujeto:
nunca de vos yo podria
como vengarme ahora puedo.
Vate. ¿Vos vengaros....? ¿y de qué?
¿Imaginais que yo os temo?
Marqués. ¿De veras....? Vuestra conciencia
os lo estará ya diciendo.
¿No acabais con entusiasmo
de sublevar todo el pueblo,
vaticinando su suerte
si á reyes doblan su cuello,
y sufren la tiranía
de sus ministros perversos?
¿Decid, Vate, no temblais?
Vate. Os repito que no tiemblo,
y si cien reyes del orbe
y sus ministros con ellos,
uno á uno me retasen
por haber hablado al pueblo,
lo que dije, les diria
como en palacio en el duelo.
Decís si tiemblo, ¿y de qué?
¿de vuestros viles proyectos
y tiránico dominio ...
con que manda vuestro imperio
al oprimido vasallo....?
Señor marqués, yo no temo
ni de un ministro el ardid,

ni del verdugo el acero,
cuando con razon reclamo
la libertad de mi pueblo.

Marqués. Muy confiado vivis:
sin duda su noble esfuerzo
os dará aliento bastante
para triunfar...

Vate. Yo no quiero
quizá como vos, marqués,
tener tan altos deseos.

Marqués. ¿Qué osais decir?

Vate. Nada digo,
sino que llegó el momento
que quizá el pueblo os enseñe,
ese pueblo tan opreso,
cómo puede hacer temblar
al que le tuvo sujeto.

Marqués. ¡Ese es el pago que dais
de los títulos y empleos
á los benéficos reyes
que tanto os engrandecieron!

Vate. Mi estimacion y fortuna,
señor ministro, la debo,
no á la intriga, ni al acaso,
ni como vos, al enredo.

Marqués. Reportaos.

Vate. Señor marqués...

Marqués. Que os reporteis, os lo ruego,
ó de lo contrario haré
que vayais de aquí á un encierro.

Vate. Os vuelvo á decir tranquilo
que vuestro encono no temo.

Marqués. Temereis á vuestros reyes.

Vate. Y vos á mí, os lo prometo.

Marqués. Venganza os juro, el mal Vate,
la reina sabrá el suceso.

Vate. Idos con tiento, marqués, (*Retirándose.*)
acordaos que os odia un pueblo.

ESCENA VIII.

EL MARQUES, *despues* DOÑA JUANA *seguida de su comitiva.*

Marqués. No has de quedar sin venganza,
que he de interponer mi ruego
con la reina, hasta que logre
corte el verdugo tu cuello.
Bella ocasion se presenta
para conseguir mi intento;
pide el pueblo que de Blanca
vuelva á las manos el cetro:
yo la adoré delirante,
y por desechar mi ruego
interpuse mi favor
con el Rey para el destierro.
Asi fué: logré mi triunfo,
y yo me vengué. Pues bueno,
ahora solo ya me resta
para vivir sin recelo,
sorprendiendo á doña Juana,
satisfacer mis deseos.
Calla.... la reina es aquella
con sus damas segun veo.
Es preciso aprovechar
estos preciosos momentos.

Aparece doña Juana seguida de gran comitiva, que se quedará en lo interior del bosque hablando unos con otros, ofreciéndose ramos de flores, y dando las ballestas á los pages. Doña Juana se adelanta al proscenio.)

Juana. Tardo estuvisteis por Dios
en venir hoy á cazar.

Marqués. Algo me pude atrasar,
mas no fué en daño de vos.
Negocios me entretuvieron

que son de algun interes.

Juana. Vos me dejasteis, Marqués.

Marqués. Deberes me lo impidieron
muy sagrados.

Juana. Bien está.

Marqués. Señora, de todos modos,
mandad que despejen todos,
que tengo que hablaros ya.

Juana. ¿Precisamente?

Marques. Al momento.
Es asunto interesante,
que urje sepais al instante.

Juana. Dejadme sola. (*A la comitiva, que se va.*

Marqués. Yo siento
teneros que interrumpir
vuestra diversion, señora.
Mas fuera de alma traidora
si yo os lo fuese á encubrir.

Juana. ¿Hay algo? ¿Está interrumpida
la tranquilidad?

Marqués. No tanto:
pero ya conoceis cuanto
puede esa plebe vendida.
Sois reina, vuestro decoro
exige tengais rigor
para dar muerte al traidor
que soborna con el oro.
Nuestra vida á Dios le plugo
que esté siempre vacilante;
cada vasallo es bastante
para ser nuestro verdugo.
Preciso fuera mostrar
cada vez mayor dureza;
va en ello nuestra cabeza,
vos lo podreis meditar.

Juana. Estráñame vuestro porte
sabiendo soy inclemente,
que mi orgullo no consiente
mande otro alguno en mi corte.

Marqués. Si; mas en esta ocasion

preciso es sacrificar
vídas que pueden causar
disturbios en la nacion.
Al salir vos del palacio,
el pueblo que os esperó,
segun parte se me dió
pidiera al Vate un presagio.
Ese agorero infernal,
siempre ambicioso de gloria,
creyó alcanzar su victoria,
mas ha pensado muy mal.
Vos sois reina de Castilla,
y fuera una mengua en vos
sino diésemos los dos
la muerte á quien no se humilla.

Juana. Venganza exige mi honor,
que ultrajes yo no consiento,
quisiera en este momento
saciar todo mi furor.

Marqués. Fácil fuese si os dijera
quién motiva tantos males,
y con medios infernales
hollaros, Reina, quisiera.

Juana. Decidmelo: ¿quién es ese?

Marqués. En nada su encono aprecio:
y pues causa menosprecio,
no hay para que os interese.
Así, pueblo, poco alcanzas,
que tu esperanza es ninguna.
Para temer, por fortuna,
son poco fuertes tus lanzas.

Juana. Pero decid, ¿quién es el...?

Marqués. Ya ha tiempo que os lo ocultaba,
porque insensato pensaba
fuese en decirlo cruel.
Mas ya que al punto llegamos
de pensar con fundamento,
es preciso, aunque lo siento,
descubríroslo.

Juana. Sí, vamos.

Marqués. Dicen ser una mujer
la que está al frente.
Juana. ¿Qué escucho?
Marqués. Y aunque su partido es mucho,
mayor es nuestro poder.
Juana. Teneis razon, mas prometo
que ha de ser corta su vida.
Y esa mujer fementida
¿dónde se halla?
Marqués. Es un secreto
que no he llegado á alcanzar.
Mas si quereis encontrarla
podemos ir á buscarla,
que por fin la hemos de hallar.
Juana. ¿No he de querer? Al instante:
ejecutad las prisiones
de los nobles infanzones,
y de ese pueblo insultante;
dad muerte, si es que quereis,
al mismo Vate.
Marqués. Convengo:
mas ante todo os prevengo
que vos las órdenes deis
con sigilo y precaucion:
y yéndonos á Granada,
buscando al rey, ordenada
quede ya la ejecucion.
Juana. Como gusteis.
Marqués. Y ante todo
puestos en salvo los dos,
no descansar, vive Dios,
hasta reinar de otro modo.
Juana. Busquemos á esa mujer,
que mi honor pide venganza.
Marqués. Todo, señora, lo alcanza
cuando hay justicia, el poder.
Juana. Corramos toda Castilla,
si es preciso todo el mundo;
que en esto mi dicha fundo
aun mas que en mi regia silla.

Marqués. Doña Juana, pensais bien.
El esplendor del estado
ved que está en esto cifrado,
con que perezca tambien.

Juana. Vayamos pues en buenhora,
y hasta hallarla no cesemos.

Marqués. En justicia no debemos
perdonar á esta traidora.

Juana. ¡Que fiel me habeis sido vos!
os doy un nuevo condado.

Marqués. No, Reina, estoy bien pagado;
vuestra vida guarde Dios.

ACTO SEGUNDO.

Porteria de un convento. A la derecha del espectador una gran reja que supone dar al coro de la iglesia: á la izquierda una puerta de entrada entreabierta y otra cerrada en el fondo. Una gran lámpara colgada. Se oye llover. La hermana Gertrudis con un libro en la mano sentada en un gran sitial.

ESCENA PRIMERA.

La hermana GERTRUDIS, *despues* DOÑA JUANA.

Getrudis. Alabado sea el Señor!
¡Que furiosa tempestad!
en sesenta años de edad
yo no la he visto mayor.
Y una aqui sola, olvidada,
sin otra hermana siquiera,
condicion de la portera,
ser de todas despreciada.
siempre tropiezan con una,
para gruñir y rabiar.
Y si llego á contestar..
cállese lega importuna,
y tenga de Dios temor;
de modo, que me confundo,
y estoy viviendo en el mundo,
una mártir del Señor.

Se queda leyendo, óyese el rezo de las monjas, pero por cortos momentos. El viento apaga la luz de la lámpara. La hermana Getrudis la enciende con una lamparilla de mano, que estará encendida para el efecto

Calla; la luz se ha apagado,
este aire de Satanás...
algun Santo está quizas
furiosamente enojado. (*la enciende.*)
Suframos, y haya paciencia
y cerremos el porton, (*Cierra.*)
que cuando truena, es razon
examinar la conciencia.
Nadie llamará á esta hora,
y mas estando asi el dia:
hoy en gracia de María,
estoy hecha una rectora. (*Se sienta.*)

(*Vuelve á leer, y las monjas á su rezo. Se oye un fuerte trueno.*

Vírgen Santa ¡que temblor!
El rezar no es para mi,
y mas estando una asi,
está visto, no hay fervor.
(*Llaman con el aldabon.*)
Han llamado? si; abriremos,
pues á dar algo lo dudo.

Coge la lamparilla, y se la pone delante de la cara.

Por si entra un rayo, me escudo..
con la lámpara... Véremos..

Doña Juana. Hermana, la puerta abridme.

Gertrudis. Mujer, ¿y viene mandando?
mala espina me va dando;
me huele á bruja...

(*Abre y doña Juana desde el dintel de la puerta con un gran velo que la cubre hasta los pies.*)

Juana. Decidme:
¿Dareis hospitilidad
al caminante un momento?

Gertrudis Lo que es dentro del convento
será una casualidad.

Juana. Digo aquí solo (*Entra*)

Gertrudis. Eso sí.

Juana. Hasta que la lluvia cese;
Mirad que luego no os pese.

Gertrudis Señora, si mando yo aquí.

Juana. Pues entonces dispensad:
Gertrudis Si estais en la portería,
y de aquí allí toda es mia,
cuanto querais descansad...
Que recatada doncella,
y que tapada que viene,
el que se esté me conviene,
no caiga alguna centella;
así como asi, me sobra
el miedo; si vendrá acaso
á tomar asi de paso
el hábito, pues la logra;
y mas si la hacen portera
y me dejan descansar...
si valiera aconsejar.
Juana. Mirad hermana, quisiera
mientras escampa quizás
me enseñaseis el convento,
vuestras celdas y...
Gertrudis. Con tiento
Que soy portera no mas.
¿No mirais hermana en Cristo
que yo solo mando aquí?
si fuese abadesa, si;
todo lo hubierais ya visto;
y mas vos que teneis arte
de ser honesta señora;
si venir á ser rectora,
yo os afirmo por mi parte,
y ha de constar en la historia,
que si cesante quedaba
de ser portera, ganaba
en el momento la gloria.
Juana. Mal estais con vuestro empleo.
Gertrudis No lo sabeis bien, hermana,
se le quita á una la gana
de servir á Dios.
Juana. Lo creo.
Gertrudis. Cuando están asi de luna,
yo soy la misma paciencia

pero hay dias, que en conciencia,
debiera morirse una.

Juana. ¿Y sois muchas?

Gertrudis. Ventidos.
Mañana entra una doncella,
y habrá una mas; dicen de ella
que es una sierva de Dios:
Si os aguardaseis, mirad, (*señalándola la reja.*)
¿Veis aquella? la del velo,
tiene una cara de cielo,
y es muger de calidad;
pues aquella ¡pobrecita!
mañana á las diez en punto
cuando se toque á difunto
se quedará tamañita;
lo mismo me pasó á mí,
me dió un síncope, y un frio, (*Se oye el cná-*
que al punto dije, Dios mio, *tico de las monjas.*)
ya no me mueven de aquí:
es una cosa muy seria
que requiere vocacion
y algunas sin ton, ni son;
se les figura una féria.

Juana. ¿Aquí os permiten hablar?

Gertrudis. Si señora, ¿Y por qué no?
¿no veis como os hablo yo?

Juana. Por eso fué el preguntar.
Mientras estoy aquí ociosa
dejadme al coro subir,
y desde allí podré oir
ese cántico.

Gertrudis. Otra cosa
pedidme, pese á mi miedo,
que están en coro rezando
y si están con Dios hablando
disturbarlas, yo no puedo.

Juana. Debo deciros, hermana,
que en nada os comprometeis,
venid conmigo (*la reina hecha á andar y Ger-*
trudis la detiene)

Gertrudis. ¿Qué haceis?
Juana. Venid;
Gertrudis. No me da la gana.
¿Pues qué no mando yo aquí?
quedaos en la portería,
eso es una demasía
el entremeterse asi;
si tuvieseis relaciones
ó algun parentesco, vamos.
Juana. Hermana lega, subamos,
pronto, sin mas digresiones,
seguidme á donde yo diga.
Gertrudis. Esta es una ánima en pena,
Dios me la depare buena
si tiene cara de amiga.
Juana... Abrid la puerta. (*Doña Juana levanta el pestillo de la puerta que está cerrada.*)
Gertrudis Al momento;
¿teneis aquí alguna hermana,
ó alguna hija, sin gana
de seguir en el convento?
Juana. A nadie tengo.
Gertrudis. ¿O quereis...
Juana. No quiero nada, volad,
seguid mis pasos, y andad;
Gertrudis. Ya voy, pero....
Juana. ¿Obedeceis?
Gertrudis. Al momento, mas decia (*saca una llave del bolsillo.*)
que como soy la portera;
si al menos una supiera
quien erais, yo lo diria;
y puede que la rectora
no tuviese inconveniente...
Y ella es persona decente! (*aparte.*)
si se esplicase, Señora,
decid por lo menos, soy...
Juana. Una muger.
Gertrudis. Es bastante,
al menos sois terminante.

Juana. Imaginándome voy
si sereis hombre encubierto,
he visto señora, tanto,
que ya de nada me espanto
y si pienso mal acierto.

(*Doña Juana la coge de una mano, y se adelanta al foro.*

No debiera yo enteraros
hermana lega, de mí,
y si entré encubierta aqui,
solo fué por ocultaros
quien era yo, pues quería
sin darme yo á conocer
os pudiese á todos ver
en tanto aclaraba el dia;
seguir despues mi camino,
y llegar presto á Granada.

Gertrudis. Pues señor, quedo enterada.

Juana. ¿No lo estais?

Gertrudis. ¡Qué desatino!
ya no dudaré jamás,
sois sin duda una muger
que ha caminado por ver,
y por ver... y nada mas.

Juana. (*Descubriéndose el velo.*)
Importuna estais; mirádme,
miradme si os diere gana,
soy la reina doña Juana.

Gertrudis Santo cielo, perdonadme. (*arrojándose á sus pies.*)

Juana. ¿Me dais entrada?

Gertrudis. Si, si.

Juana. Pues levantaos ya del suelo.

Gertrudis Ay que necia me ha hecho el cielo
que al veros no os conocí.
Si me dió á mi el corazon
que vos habiais de ser
alguna grande muger
desde que os vi en el porton.
Si yo lo hubiera sabido,
caigo en quien sois al momento,

Voy á aturdir el convento... (*gritando y abriendo la puerta del fondo.*)
Su Magestad ha venido.

Juana. Al fin no pude lograr,
entrar de incógnito aquí.

Gertrudis. Es igual, señora, si. (*Volviendo á la escena*)
¿qué me teneis que mandar?
como encubierta os veia..
y... como estaba tronando.... (*se oyen pisadas.*)
No estrañeis... ya están bajando,
ya bajan... ya... ¡Virgen mia!

(*Se abre la puerta del fondo, y aparecen once monjas con velas encendidas entre ellas la abadesa, y doña Blanca vestida de negro con un gran velo hasta los pies. Al ver esta á doña Juana, lanza un grito y deja caer la cela de sus manos. Varias monjas la rodean; mas esto no es observado por doña Juana ni la abadesa.*

ESCENA II.

Dichas, ABADESA Y DOÑA BLANCA.

Abadesa. Sois vos señora. (*Se postra á sus pies.*)

Juana. Levantaos hermanas.

Abadesa. Nos dispensais, ó reina, favor tanto. (*se levanta.*)

Juana Esa tormenta borrascosa, horrible,
A entrar en el convento me ha obligado.

Abadesa. ¿Y tan sola venis?

Juana. No, que mis guardias
me esperan en el pórtico.

Abadesa. Dignaos
entrar, señora, en nuestra humilde choza.

Juana. Un instante no mas, pero me es grato.

Abadesa. Venid, y el huerto os prestará manjares
y las flores su olor: ya que ha pasado
del cielo borrascoso la tormenta,
el sol nos presta su lucir mas claro.

Juana. Con gusto acepto vuestra fina oferta;

Abadesa. Venid hermanas á besar sus manos:

Gertrudis. Si vuesa Magestad no se ofendiese
deseo antes que todas el besaros
y pediros perdon. (*la besa la mano.*)

Juana. No me ofendiste;
y mas lo hubieras hecho si faltando
á las reglas que aqui deben regiros,
hubiéralas perjura quebrantado.

(*Van besándola sucesivamente hasta llegar doña Blanca.*)

Blanca. Aunque triste muger abandonada,
tambien, señora, os besaré las manos;
sois reina de Castilla, y á vos sola.
como á reina debemos acataros.
(*La besa sin quitarse el velo.*)

Juana. ¿Con velo me besais?

Blanca. Ah, permitidme
que al decoro debido haya faltado;
está mi rosto ajado con las penas.,
y mis ojos marchitos con el llanto;
dispensadme, señora,

Juana. ¡Que consuelo
inspira vuestro acento desgraciado!
esa voz, vuestro llanto, todo á un tiempo
inspira un interés; ¿pudiera acaso
saber de vuestras penas el motivo?

Blanca. Saberlo, si, podeis; no remediarlo.

Juana. Grande es vuestra afliccion.

Blanca. Señora es tanta,
que sería aflijiros si mis labios
se abriesen una vez para decilla,
asi es, que siempre mis pesares callo.

Juana. No solo la afliccion fué reservada
para aquel que aparece desgraciado,
tal vez hay mayor pena tras del brillo,
y al través de la púrpura y el manto.

Blanca. Pero vos sois dichosa, siendo reina,
y esposa de un monarca, que á su lado
crecerán vuestros goces. . (*llora.*)

Juana. ¡Ah! mil veces
podeis feliz llamarme... mas qué llanto
es ese que verteis?

Blanca. Soy desgraciada,
y al veros tan feliz, triste comparo
mi suerte con la vuestra...

Juana. Saber quiero
quien sois...

Blanca. Señora, por piedad dejadlo.
No querais escuchar cuitas amargas,
de una infeliz, en vez de los halagos
que estais acostumbrada que os tributen:
permitidme callar.

Juana. ¡Ah! no me es dado
mostrarme indiferente á vuestras penas.

Blanca. Este lugar, mis lágrimas, este hábito
no me permiten recordar, señora,
la causa de mi mal.

Juana. Solas dejadnos
un instante no mas, buenas hermanas.

Abadesa. Señora... (*hace un acatamiento, y se retira seguida de las monjas.*)

Gertrudis. (*Al salir y cierra.*) Dije bien, me han jubilado

ESCENA III.

BLANCA Y DOÑA JUANA.

Juana. Solas estamos las dos,
nadie nos oye, señora.

Blanca. El pesar que me devora
no es para decirle á vos.

Juana. Si á la par sois desdichada
como pienso serais bella,
vuestra cuitada querella
debe de ser estremada;
soy la reina, bien podeis
hallar en mi algun consuelo.

Blanca. Nunca en vos, ¡ah! solo el cielo
sabe mis penas.

Juana. Quereis
encubrirselas quizás
por una oculta razon?

Blanca. Cuando sufre el corazon
señora, padece mas
al recordar sus tormentos;
mas si mi queja os cautiva
aunque seais compasiva,
mis agitados lamentos
han de causar vuestro enojo,
y ya presiento en mi frente
marcado el sudor ardiente
del pesar y del sonrojo.
Pero por fin sois muger,
habreis quizá padecido
un solo instante perdido
entre el goce y el placer.
Asi tendreis compasion
del desgraciado, ¿es verdad?
¿Quién podrá con impiedad
lacerar un corazon?
¿Ver llorosa de pesar
á una muger desgraciada
y no sentirse apiadada
de su llanto y su penar?
¿Quien habrá tan inhumano
que al infortunio sonria?
¿No es verdad?

Juana. Nadie, hija mia,
goza un placer tan insano.
Aun vuestras penas no sé
y ya me aqueja un tormento
que escita mi sentimiento
y me conmueve.

Blanca. ¿Por qué
sentir asi mis dolores?
No me mireis indulgente,
que si yo soy inocente
mi mal causaron amores,
y en medio de mi amargura

siento aquí dentro del seno
un placer, dulce veneno
que templa mi desventura.
Yo era querida, y el cielo
en lazo estrecho me unió
con el que siempre adoró
mi corazon con desvelo.

Juana. ¿Luego sois casada ?

Blanca. ¿Y qué
no he de amarle siendo mio?
No ha de ser mi desvarío
tan ciego como mi fé?
Amarle era mi deber,
su rostro ¡ay Dios! mi ilusion.
¿Por qué el cielo sin razon
me rechazó del placer?
Por él la vida pasaba
en un Edem, y creia
que aun mas quererle podria,
ingrato,... le idolatraba.
Era su amor un consuelo
que alimentaba mi vida,
y asi viví adormecida
con mas placer que en el cielo,
porque es un goce el amor
tan fugaz como lo es bello,
es de la gloria un destello
que dió al hombre su hacedor.
¿Quién, ¡ay triste! me diria
al verme de él adorada,
hubiera ser despreciada
del que tanto me queria?

Juana. Para acallar la afliccion
olvidaos de su desden.

Blanca. No, reina, no, os dige bien
que no mueve á compasion
mis desgracias ni mi llanto.

Juana. ¿Qué decís?

Blanca. Que es importuno
referiros uno á uno

tanto pesar y quebranto.
Sois como reina, feliz,
y como muger sentida
¿A qué quereis de mi vida
saber el curso infeliz?
Ya sabeis que soy esposa
de un amante engañador,
dejad me entregue al dolor...
no me exijais otra cosa

(*Hecha á andar y la Reina la detiene.*)

Juana. Aguardad, niña encubierta
que tanto el dolor sentís....

Blanca. ¿Que me aguarde me decís?
Mirad mi mano.... está yerta; (*Dándosela.*)
paso un momento cruel
al recordar mi amargura.

Juana. No os agiteis, criatura,
que no es mi seno de hiel;
viendo llorar por amores
tambien se escita mi lloro,
que al darme Dios un tesoro
dióme con él mil temores.
Hasta las heces probé,
de amor la copa engañosa
su ponzoña venenosa
con ansiedad apuré,
y este era un sueño real
que era mi vida; y el cielo
trocó en llanto mi consuelo
por una odiosa rival.
Voy en su busca; pues quiero
mi justo encono saciar.
Ya que causó mi pesar
sufra el filo del acero.
Sabed que mi antecesora
infame y torpe muger,
pretende al sólio volver
vertiendo sangre....

Blanca. (*Sobresallada.*) Señora...
puede ser una impostura,

imposible... siempre ha sido
de un corazon tan sentido
como de alma limpia y pura:
estais, oh reina, engañada.

Juana. ¡Infeliz! ¡ah! no lo estoy,
pronto á descubriros voy
que no vivo alucinada;
si supierais quien es ella....

Blanca. ¡Dios mio! (*Aparte.*)

Juana. Voy á buscarla
de estremo á estremo, y mostrarla
de Castilla la querella;
de su prestigio orgullosa
alucina al castellano,
y tiéndele amiga mano
con intencion sediciosa.
Mas ¡ay triste, cuál se engaña!
pronto cederá su arrojo·
no ha de valerla su enojo
ni me intimida su saña.

Blanca. ¿Pues qué os hizo? ¿Qué pretende?
Enojada estais por Dios.

Juana. Una sola de las dos
ha de vivir...

Blanca. Si depende
esa venganza no mas
de una enemistad, señora,
alguna lengua traidora
la habrá injuriado quizás.

Juana. ¿Sabeis qué os digo? Me agita
que ese interés os tomeis
por doña Blanca.

Blanca. ¿Quereis...

Juana. Que no su nombre repita
vuestro labio sin odiarla.

Blanca. Imposible: no he de hacerlo.

Juana. ¿Qué decís?

Blanca. ¿Sin merecerlo
pensais que puedo injuriarla?

Juana. ¿Y osais ante mí, señora,

su memoria respetar,
y asi á la reina injuriar
por otra reina traidora?

Blanca. ¿Traidora? no; no lo es tal.
Reina, quizá os engañais.

Juana. Religiosa, á decir vais
vuestro nombre.

Blanca. Pedís mal,
mi nombre no os lo diré.

Juana Pues descubrid ese velo.
Lo mando.

Blanca. Vuestro recelo
muy pronto satisfaré,
pero tened entendido
que si cual sierva obedezco,
en ello, reina, os ofrezco
un homenage indebido.

Juana. ¿Me conoceis?

Blanca. Demasiado.

Juana. ¿Y asi á una reina se insulta?

Blanca. Vuestro lenguage me indulta
si al decoro os he faltado.

Juana. Bastante sois criminal. (*Intentando quitárse-le y doña Blanca se descubre*)
Fuera ese velo.

Blanca. Mirádme,
soy doña Blanca.

Juana. Dejádme.
¡Cielos!

Blanca. Yo soy.

Juana. ¡Mi rival!
y en un convento, perjuro.

Blanca. Mañana seré de Dios,
ya que inhumanos los dos
causasteis mi desventura.

Juana. No habeis de serlo, lo juro;
que he de saciar mi venganza.

Blanca. Vuestro poder nada alcanza
contra el Dios supremo y puro.
¿Aqui en un claustro encerrada
qué temeis, reina, de mi?

Juana. Pues qué ¿ osareis desde aquí
verme de vos humillada?

Blanca. Vivid dichosa en la silla
que cifra vuestro tesoro,
que el ser reina es un desdoro,
como vos sois de Castilla.
No os envidio vuestro fausto
ni vuestra púrpura real,
que hay una vida inmortal
do no sube el holocausto,
que vil corazon tributa.

Juana. Blanca, callad.

Blanca. No me es dado.

Juana. Vuestro insulto es estremado.

Blanca. No ese lenguage me inmuta
que estoy, ó reina, inocente.

Juana. Impostora.

Blanca. No lo he sido.

Juana. Vuestros planes he sabido.

Blanca. Ese vuestro labio miente.
¿Cuando otro cetro mejor
debiera ceñir mi mano,
y desprecié el goce insano
de su brillo engañador,
pensais que anhelo mandar,
desde un trono ya manchado?
este sayal que me han dado,
le estimó mas que el reinar.

Juana. Teneis en poco la vida,
Blanca, si así me insultais.

Blanca. Aunque en el trono os hallais
tambien fuí reina y temida.

Juana. Deponed orgullo tanto,
y no esciteis mi venganza.

Blanca. Puse en Dios mi confianza
y no desoirá mi llanto.

Juana. Pues confiad en él ora
demandándole piedad.

(*Se retira furiosa por la puerta que da á la calle.*)

Blanca, con Dios os quedad.

Blanca. El cielo os guarde, señora.

ESCENA IV.

BLANCA, *y despues* EL MARQUES DE VILLENA.

Dios mio, tú que en el cielo
con tu bondad infinita
eres del hombre el consuelo,
vuélveme tú faz bendita,
y mira mi desconsuelo.
Cetro y corona me diste
que ciñó humilde mi sien,
y pues que tú lo quisiste,
mas que lágrimas un bien
al quitármela me diste.
Para vos es el reinar,
que sois el rey de los reyes,
y para justos mandar,
bastára ¡oh Dios! vuestras leyes
en tierra, cielos y mar.
Si aquel cetro que he heredado,
no fuí yo digna de él,
ya tú voz he respetado:
vive tranquila, cruel
muger, que me has insultado.
Pero ¡oh Dios mio!, no es ella
la que mis penas causó,
otro ha sido; y mi querella
no me la recuerdes, no
madre de Dios pura y bella.
Cruel marqués, mi memoria
te ha de servir de tormento,
pero nó, que esa es tu gloria
ser del crímen instrumento,
horrible, como tu historia. (*Entra el marqués de Villena.*)

Marqués. ¿Blanca?

Blanca. ¡Dios mio! ¿Sois vos?
respetad esta clausura.

Marqués. Vos me obligasteis, perjura,
á quebrantarla

Blanca. ¡Gran Dios! (*Quiere huir y el Marqués la detiene.*)

Marqués. ¡Aun esquivais mi presencia!

Blanca. ¿Y os atreveis á buscarme?

Marqués. Debeis ¡oh! Blanca, escucharme:
esperad; qué dura ausencia,
qué padecer tan cruel,
es el no veros, señora!

Blanca. Calle esa lengua traidora.

Marqués. Jamás ha sido de hiel
mi corazon para vos.

Blanca. Nuevo impostor, ¿qué quereis?

Marqués. Que vida ó muerte me deis
ó yo os juro, vive Dios...

Blanca. Amaros yo ¿qué pensais?

Marqués. Que sereis reina á mi lado,
que el furor que os he mostrado
cederá al punto.. ¿Callais?
vereis que Castilla entera
os recibe entusiasmada,
y que sereis respetada
como reina verdadera.
¿Qué puedo ofreceros mas?
quereis mi vida, tomadla.

Blanca. Gracias, marqués, conservadla,
pero amaros yo jamás.

Marqués. Llegué ya Blanca al estremo
de una pasion vigorosa,
y cada vez mas fogosa
temedla como la temo.

Blanca. ¿Yo he de temeros? ¿porqué?

Marqués. Mirad que puedo vengarme.

Blanca. El señor sabrá ampararme
de un hombre impío, y sin fé.
Tenga puro el corazon,
que no me arredra un villano.

Marqués. Temereis al castellano,
que hace temblar la nacion.

Blanca. El que no falta á los reyes,
no los teme, no, Marqués.
Marqués. ¿Y no faltasteis?
Blanca. ¿Cuál es
mi delito ante las leyes?
Marques. Ó mí cariño aceptad
con el trono, ó de otra suerte
Castilla os dará la muerte
como á traidora.
Blanca. Oh, callad,
me injuriais, pero no os temo;
saciareis vuestra venganza,
mas nada conmigo alcanza
de ese rigor el estremo.
Marqués. Sabed que á Granada vamos,
de don Enrique á impetrar
vuestra muerte, y que á triunfar
del castellano marchamos.
Blanca. Seguid vuestra marcha pues,
y anunciadle que aquí estoy,
y que á entregarme á Dios voy,
hasta que muera, Marqués.
Marqués. No he de consentir, lo juro,
que vivais tranquila, no;
y morireis cuando yo
no halle tormento mas duro:
sabeis que soy de la ley
el dictador, y Castilla
ante mi poder se humilla,
y me acata mas que al rey.
Si estimaseis vuestra vida
y mi cariño tambien,
ciñerais presto en la sien
vuestra corona perdida.
Blanca. Yo os la desprecio, villano,
que para ser reina yo,
no he necesitado, no,
la intriga de un cortesano.
Y aunque repudiada estoy
por vuestra vil seduccion,

sabe muy bien la nacion
que fuí su reina, y lo soy.

Marqués. ¿Lo habeis pensado?

Blanca. Malvado,
¿podría en ello dudar?

Marqués. ¿No os quereis, reina, apiadar
de un hombre ya apasionado?

Blanca. No, vuestros labios sellad,
que es impuro vuestro aliento:
partid, y de este convento
la clausura respetad.

Marqués. ¿Así me arrojais de vos
sin temor de mi venganza?

Blanca. Pues nada con vos se alcanza,
vil Marqués, quedaos con Dios.

(*Echa á andar por la puerta que dá al coro y cierra.*)

Marqués Blanca con el os quedad,
pero tened entendido,
que sé vengarme ofendido
como se venga un audaz.

(*Se retira furioso por la puerta de la izquierda cerrando con ímpetu la puerta.*)

Huerto de monjas; aparecen unas sentadas colocando frutas en canastos, otras paseándose con libros en la mano, entre ellas la abadesa, y la hermana Gertrudis; dos monjas aparecen con sus arpas una enfrente de otra sentadas en bancos de piedra.

ESCENA V.

La ABADESA, GERTRUDIS, *y monjas que cantan.*

Duo. Virgen Purísima
madre de amor,
oye benigna
mi triste voz.

Voz sola. Humilde os implóra
mi acento angustiado
ó dulce señora,
mi eterno perdon.
Ingrata á tu zelo,
pequé yo insensata,
tened desde el cielo
de mí compasion.

Duo. Vírgen purísima ect.

Gertrudis. Madre, ¿sabe lo que la digo? si tomára mi consejo, una vez que ya tenemos dispuestos los odorosos ramos que hemos de ofrecer á la reina, maldito sino la acertábamos con irnos á escuchar la conversacion que tiene nuestra próxima hermana con S. M.

Abadesa. Hermana; haga sus ramos, pasee ó diviértase en lo que mas la plazca, y no intente indagar secretos que nada la va en ello.

Gertrudis. Es verdad, pero como van sucediendo ya cosas tan raras con la hermana Blanca, no puede menos de movérsele á una la curiosidad. Ayer mismo estando yo en la portería barriendo, y limpiando la lámpara, acertó á pasar por allí, cuando dije, que desearia ser reina de Castilla para que se lo diesen á una todo hecho: infeliz, me contestó tu no sabes lo que te has dicho; y me echó una mirada tan lúgubre y misteriosa, que todo el dia me dió en que pensar.

Abadesa. La hermana que mañana va á tomar el hábito de san Benito, es una sierva del Señor, y bien ha manifestado su verdadera vocacion en los quince dias que ha llevado de santos ejercicios.

Gertrudis. Eso es verdad, madre, pero su reverendísima no estrañará que le choquen á una ciertas cosas. A fé, á fé que cuando yo vine de Segovia para entrar en el convento, la dije de quien era hija, los años que tenia, de donde era, y á su reverendísima aun la parecia poco, y nuestra hermana Blanca, no ha tenido necesidad de nada de eso; se presentó diciendo que era una desgraciada, y aquel mismo dia repartió entre los pobres mas de veinte escudos de oro, si esto es ser desgraciada venga Dios y véalo.

Abadesa. Y qué ¿esa riqueza no podia quizá ser la causa de su desgracia? Pues sepa hermana lega, que la sierva de Dios que va á ser mañana compañera nuestra, no tiene apariencias de otra cosa, que de ser alguna señora ilustre y bien nacida, á quien tal vez los vaibenes de la suerte, la hayan hecho abandonar sus hogares, ó impelida de la desgracia, busque en el retiro, y la soledad la verdadera paz de su alma.

Gertrudis. Yo nada digo; pero como se presentó con el rostro tapado, y no se sabia quien, ni de donde era, y luego como parece que á la reina no la es del todo desconocida: se me antoja á mi que esa muger tiene que dar que decir mucho en este mundo.

Abadesa. No diga necedades, hermana Gertrudis, cuide de sí y de su alma; sin fundar malas sospechas de nadie, pues el Cielo puede castigarla.

Gertrudis. Eso si que no he de dudarlo, porque puedo asegurarla á su reverendísima que hace tiempo que Dios no me habia castigado tanto el pecado de curiosidad como á la presente. Frita me tiene ya el no estár escuchando la conversacion que tendrán las dos en mi portería.. pero calla.. sino me engaño, aquella es la hermana Blanca que baja por las escaleras que dan al huerto.. y viene sola, y con el velo levantado... parece que baja sobresaltada.. que encendida que trae la cara. ¿Sí habrá regañado con la reina por aquello que la dijo del velo? lo vé, madre, ya empieza á dar que decir.

ESCENA VI.

Dichas y DOÑA BLANCA.

Abadesa. ? Y la reina?
Blanca. Ya ha partido.
Abadesa. Vuestra tardanza estrañé,
pero aun mas lo siento á fé
no haberla yo despedido.

(Todas las monjas rodean á doña Blanca y dejan sus labores.)

Gertrudis Si lo dije yo al momento
cuando la ví tan tapada.
A mi no me gustó nada.

Abadesa. Hermana lega, con tiento,
que es nuestra reina y señora:

Gertrudis. En eso madre, ya estoy.
Si hubiese dicho, me voy,
me callaría yo ahora...
pero...

Abadesa. Una reina bien sabe
hermana lo que ha de hacer.

Gertrudis. Ya estoy en que ha de saber
cuanto en política cabe.

Blanca. Guiéla próspero el cielo
hasta encontrar á su espóso,
y déjeme en mi reposo,
que aquí encuentro mi consuelo.

Abadesa. ¿Turbada estais?

Blanca. Madre, si;

Abadesa. Si al mundo os llaman, hermana...

Blanca. Dadme el hábito hoy.

Abadesa. Mañana.

Blanca. Ya no me arrancan de aquí.
No temo, no, bajo el manto
de la Vírgen santa y pura;
que el retiro y la clausura
mitigarán mi quebranto.

Abadesa. Aquí del mundo lejana
y libre de sus engaños,
serán de paz vuestros años,
y en santa muerte mañana
dareis vuestra alma al señor
pura y limpia de pecado,
y allá en el mundo ignorado
disfrutareis sin temor.

Blanca. Así en la Vírgen confio
cuya proteccion imploro;
en ella miro el tesoro
y el remedio al daño mio.
Merced á vos, Abadesa

que tan compasiva estais
que á darme el hábito vais
que la religion profesa.

Abadesa Me interesó vuestro estado,
y aunque ignoro quien seais,
la vocacion que mostrais
y vuestro porte ha bastado:
aquel Dios que os inspiró
el retiro y la oracion,
miró solo el corazon,
vos sabreis si le engañó.

Blanca. ¡Ah! madre, no, por piedad,
mi promesa es verdadera,
y con fé pura y sincera
oyó el cielo mi verdad.
Harto en el mundo he llorado; (*Mirando al cielo*)
bien lo sabeis madre mia,
bien sabeis que noche y dia
de padecer no he cesado;
por eso el mundo aborrezco
por eso ¡oh madre amorosa! (*Se arrodilla*).
arrepentida y llorosa
mi corazon os ofrezco.

Abadesa. Vuestra voz escuche el cielo
(*La pone una mano sobre la cabeza.*)
y os hecho su bendicion.
Venid, y allí en oracion
pedireis á Dios consuelo.

(*Se levanta y echa á andar cogida de una mano por la Abadesa; se oye tocar un clarin muy distante.*)

Lejano se oye un clarin,
será de la reina acaso
ó alguna tropa que al paso
recíbela con festin.

Gertrudis. O puede que partidarios
de don Enrique quizás,
al pasar un bosque, zas,
se encuentren sus adversarios,
y...

(*Se vuelve á oir el clarin y ruido lejano de armas y voces.*)

Abadesa. Otra vez sordo rumor
de espadas y gritería...
¿qué podrá ser?

Várias Madre mia!

(*Aparece Enrique IV por encima de las tapias del huerto, las monjas huyen despavoridas menos doña Blanca, que se hecha el velo.*)

Blanca. ¡Un guerrero.

Gertrudis. ¡Que temblor! (*huye.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE *y* BLANCA.

Rey. No huyades, señoras, no,
que no vengo en vuestro daño. (*salta.*)

Blanca. La voz del rey... no me engaño,
el es, mi esposo... si; yo
diré que soy...

Rey. Religiosa,
amparadme, soy el rey
á quien persigue una grey
de gente armada, alevosa.
Sé que en refugiarme, si,
quebranto una ley del cielo,
¿mas que he de hacer si recelo
que aun me persiguen aquí?

Blanca. ¿Y quién ha osado, señor,
perseguiros, inhumano,
que no pereció el villano
al sublevarse traidor?

Rey. Sabeis que en abril florido
de Granada á los vergeles,
partí para hallar laureles
de valor santo impelido.
Ví los infieles postrados
en cien batallas ganadas;
mis sienes ya laureadas,
y ellos de luchar cansados.

Próximo á entrar en Granada
con mi ejército triunfante
la voz de, viva el infante
don Alfonso, es proclamada:
y mi ejército gritaba
por doña Blanca y por él;
algun partidario fiel
me seguia, y yo escapaba:
á Cuenca me dirigia
con muy pocos de los fieles,
se sublevan los infieles;
huyo y me escapo sin guia.
Esta es mi historia, señora,
y á no refugiarme aquí,
hubiéranme muerto, si,
con mano aleve y traidora.

(*Se oye ruido de espadas y algunas voces pero muy instantáneas.*)

¿Ois? ¿ois? ellos son.

Blanca. No temais, no, por piedad
yo os ocultaré, callad;
os llevaré al torreon
á escura estancia escondida:
burlaré su vigilancia,
y allí estaré con constancia
cuidando de vuestra vida. (*Se ponen á escuhar.*)

Rey. Ya no escucho ese rumor...

Blanca. No os han visto, se habrán ido.

Rey. Esperad. (*observando.*)

Blanca. Habrán seguido
sin detenerse, señor.

Rey. Como ha de ser. Quiera el cielo
mi conciencia iluminar
para que pueda mandar
sin zozobras ni recelo. (*Vuelve á escuchar.*)
Ya que veloces huyeron,
podré tranquilo salir.

Blanca. Aun es muy pronto el partir
y no debeis..

Rey. Ya se fueron.

Solo deseo saber
á quien mi vida he debido,
para que yo agradecido...

Blanca. El respeto y mi deber
me obligan...

Rey. ¿Cómo os llamais?

Blanca. ¿Quereis os diga mi nombre?

Rey. Lo deseo.

Blanca. No os asombre
Si al decirlo os disgustais.

Rey. Al contrario; el alma mia
ha de gozar de un consuelo.

Blanca. Pues me llamo Blanca.

Rey. ¡Oh cielo!

Blanca. Del corazon de María.

Rey. ¿Blanca decís?

Blanca. Si señor.

Rey. ¡Qué dulce nombre teneis!
así se llamaba..

Blanca. ¿Veis?

Rey. La que fué todo mi amor.
¡Infeliz! ¿donde estará?
si la viese aun la amaría.

(Doña Blanca se quita el velo, y se arroja á sus brazos.)

Blanca. Pues ámame.

Rey. ¡Esposa mia!
¿Eras tú? no temo ya.
¿Tú en mis brazos estrechada?
Dios mio, sì, mírame,

Blanca. ¿Me engañas?

Rey. Siempre te amé.
Estás muy bella, enlutada.

Blanca. Mal me has pagado, amador,
tu me olvidaste, y te adoro,
y hubiera dado un tesoro
por el fuego de tu amor:
déjame, Enrique, gozar
de un momento de dulzura,
ya que en mi triste amargura,
por siempre me has de dejar.

Rey. No, bien mio, ven conmigo;
ven, tranquiliza á Castilla,
y ocupa la regia silla
de la que infame enemigo
te lanzó para mi muerte:
ven, que dichosos seremos,
y de tu amor los estremos
han de cifrar nuestra suerte.

Blanca. ¿Es verdad que serás mio?
¿Será posible? no, no,
ó tu me engañas, ó yo
me entrego á mi desvarío.

Pensando en ti era un gozar
como la ilusion de un sueño,
que adormece cual beleño,
y es mas triste el despertar
de tan fantástico ensueño.

Para mi no hubo placeres
sin verte á ti, mi ilusion,
y aunque no fuera razon,
mas que todas las mugeres
te amaba mi corazon.

Rey. Y yo esposo y tierno amante,
te juro que este momento
fija mi amor inconstante,
amor que en mi pecho siento
azaroso y palpitante.

Es un volcan, no es amor,
es una llama que abrasa,
y con punzante dolor
penetra el alma y traspasa
como un rayo abrasador.

Y en este goce real
me enloquece tu hermosura,
tu sonrisa angelical,
que no eres tu criatura
sino un ángel celestial.

Blanca. Ah don Enrique, dejad
que me estreche en tu regazo.
Rey. Ven y descansa en mi brazo.
(*Voz dentro.*) Los mas osados entrad.

(*Se oye echar abajo la puerta del fondo. Blanca se sobresalta, y quiere huir con el rey, él la detiene, y sacando la espada observa.*)

Blanca. ¡Cielo santo! ¿Serán ellos?
huyamos.
Rey. No; que mi acero
sabré esgrimir caballero,
hasta morir ó vencellos.
(*Entran cuatro enmascarados partidarios del Marqués de Villena.*)

ESCENA VIII.

Dichos, y HOMBRES 1.° Y 2.°

Rey. ¿A quién buscais?
Hombre 1.° No es á vos.
¿Sois doña Blanca?
Blanca. Yo soy.
¿Me buscais á mí? ya voy. (*adelantándose.*)
Hombre 2.° Asegurad á los dos.
(*El rey les incita á batirse, dos de ellos se defienden para dar lugar á que los otros dos aseguren á doña Blanca.*)

Rey. Tened canalla insolente,
saciad en mi ese furor,
que si tuvieseis honor,
os batierais frente á frente.
Hombre 1.° No buscamos vuestra muerte.
Llevaosla (*á los que la están atando.*)
Rey. ¿Que es lo que haceis? (*queriéndolo impedir.*)
Hombre 1.° Llevaosla presto.
Rey. Quereis... (*Le desarman.*)
Hombre 1.° Atadle al árbol mas fuerte.

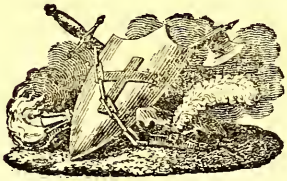
(*Le atan á uno de los árboles del huerto; los otros dos conducen á doña Blanca que se resiste.*)

Blanca. ¿Donde me llevan, mi bien?
¡Que inhumanos!
Rey. ¡Ay de mi!
Blanca. ¿No te traen conmigo? di.
Rey. Canalla.
Blanca. Mi Enrique, ven.
Soltad al rey, oh, soltadle. (*á ellos.*)
Hombre. 1.º ¡El rey don Enrique vos!
Rey. Mirad mis armas.
Hombre. 2.º (*Sobresaltado.*) ¡Gran Dios! (*reconociéndole.*)
Hombre 1.º Llevaos la monja.
Blanca. Dejadle.

(*La sacan por la puerta grande del huerto.*)

¿Pues que no viene conmigo?
¿Quienes sois? esposo amado!
Rey. Ya de mí la han separado
cielos, mi suerte maldigo.

(*Queda atado al árbol.*)



ACTO TERCERO.

Antecámara del rey con puerta al fondo, abierta; por donde se dejan ver durante la primera escena dos camareros del Rey, y distintos personages que van de paso. Otras dos puertas laterales y una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MOLINA *y* PELAEZ.

Molina. En verdad amigo don Pelaez, que es vida bien aperreada la que traemos los cortesanos.

Pelaez. Decís bien, para nosotros no hay libertad: todos nuestros goces consisten en tener contentos á los reyes para no decaer de su gracia.

Molina. Hoy por ejemplo, hubiérame holgado mas de haber reconocido las calles de la ciudad, admirando las vistosas colgaduras y suntuosos arcos con que se ha solemnizado la entrada de la reina doña Juana, que no estár esperando á que concluya el rey de dar audiencia para entregarle este pliego. Mas vos, que habeis podido enteraros mejor, podeis contármelo todo.

Pelaez. Por lo que hace al lujo y brillantez con que se ha adornado toda la ciudad, dificil fuera encareceroslo; pero tanta ostentacion, mas ha sido por complacer al rey que no por obsequiar á doña Juana, y puesto que ya tocamos este punto, quiero referiros las diversas voces que por toda la ciudad se han esparcido.

Molina. Decídmelas en buen ora, mas apartémonos un poco de este lado, y asi podremos hablar con mas libertad.

Pelaez. Se dice que el haber venido la reina, ha sido por una insurreccion que levantó en Cuenca el vate favorito del rey; dícese tambien que fué mandado decapitar con cien nobles de los mas descontentadizos, y peor avenidos; por cuyo incidente, y el disgusto que ha ocasionado á Castilla semejante disposicion, hase levantado ésta proclamando á la destronada doña Blanca como á su reina y lejítima soberana.

Molina. Que necedad; y vos os habreis creido ese cuento como si hubieseis estado oyéndolo de la boca de un profeta.

Pelaez. No puedo afirmaros la verdad; mas lo que sé deciros es, que tanto la reina como el marqués de Villena no han venido sin objeto en busca de nuestro rey.

Molina. Eso es otra cosa.

Pelaez. Todavía puedo deciros mas; hay quien asegura que cuando dias pasados se sublevaron dos tercios del ejército del rey, proclamando á su hermano don Alfonso, fué por intriga y seduccion del mismo marqués, y que el fué quien le persiguió hasta internarse en un bosque donde no pudieron ya alcanzarle.

Molina. Nada puedo contestaros; mas en un reino en que luchan tantos partidos, es muy consiguiente que cada uno esparza voces en favor suyo. Ayer mismo oi decir que el rey iba á volver á su tálamo real á la destronada doña Blanca, y aun hubo quien aseguró haberle ya visto con ella en una choza de pastores ó en una huerta de las monjas de san Benito... Esto lo oí aqui mismo á dos gentiles hombres, que á poco rato entraron á hablar con el rey. Mas en los palacios todos son chismes y hablillas; asi que lo mejor es oir á todos, y no contestar á ninguno.

Pelaez. Teneis razon; pero advertid que se va haciendo ya tarde, y que puede el rey haber concluido.

Molina. No decis mal.

(*Se aproosima á la puerta del fondo. Uno de los camareros anuncia "S. M. ha suspendido la audiencia" vuelve á la escena.*)

¿Habeis oido? S. M. ha suspendido la audiencia.

Pelaez. En verdad que ha sido el mejor medio que ha podido tomar, pues de lo contrario no creo se hubiese concluido tan pronto segun era el concurso de pretendientes.

Molina. Siento pasos, veamos, S. M. llega.
(*Se colocan cerca de la puerta del fondo, y al salir le entrega el pliego.*)
Rey. (*cogiendole.*) Bien esta. Necesito estar solo.

ESCENA II.

EL REY *despues* DOÑA JUANA.

Rey. Seis años ha que en afanosa guerra
mi edad consumo; y mis felices años
como leve vapor desparecieron,
y mis placeres marchitó el quebranto.
Tarde, muy tarde conoci mi yerro,
si yerra alguna vez el que engañado
deposita su amor, su confianza,
en quien pagó con triste desengaño.
¡Suerte infeliz! mi esposa engañadora
unió su crímen con mi vil privado,
y mientra estoy en sanguinaria guerra
de cien batallas obteniendo lauros,
ellos en tanto de mi trono augusto
los reyes son para su bien tiranos.
Mas no es aun tarde, que piadoso el cielo
mi ofuscada razon ha iluminado;
conozco los traidores; de este pliego (*abriéndole*)
el contenido sé, no hay que mirallo.
(*despues de pasarle una rápida mirada lo deja sobre la mesa.*)
Bien haya de Castilla la nobleza
y lealtad del pueblo castellano. (*se sienta.*)
O mísera muger, Blanca inocente,
cual te recuerda tu consorte amado;
sufriendo estoy mis desaciertos ora,
mi cariño, ó muger, yo te consagro.
Dia fatal cuando insolente chusma
de mi te separó, permita el hado

pueda saciar mi indignacion en ellos,
y estrecharme otra vez en tu regazo.

Juana. Guarde el cielo al lidiador
mas esforzado y valiente,
al monarca mas clemente
que es de los reyes honor.

Rey. Tambien doña Juana á vos
que sois de reinas modelo:
sentaos señora.

Juana. En el cielo
os dé el justo premio Dios. (*se sientan*)
Estareis cansado á fé,
acabais de dar audiencia
y es sobrada impertinencia
estar dos horas en pie.

Rey. Teneis razon, sin embargo,
la justicia y aun las leyes
mandan tambien á los reyes
desempeñar este cargo.

Juana. Paciencia hubiera tener
el rey que atendiese á tantos,
que con fingidos quebrantos,
adulan para obtener.

Rey. Y tambien hay que escuchar (*con ironia.*)
razon que acaso estremece.

Juana. Nadie cual yo se enternece
cuando no puedo aliviar
la suerte del desgraciado:
mas al fin ¡como ha de ser!
sujeto está á padecer
como el siervo el potentado.

Rey. No me entendeis Doña Juana; (*con ironia*)
os he dicho, á mi pesar,
que hay razones que escuchar,
que se oyen de mala gana.

Juana. Verdad es; y hay que sufrir
si dan con rey bondadoso
como sois vos.

Rey. Y es forzoso
sus quejas no desoir;

porque quizás llega un dia
en que á un rey que está vendido,
llega un vasallo advertido,
y ..? no entendeis todavia?

Juana. ¡Que aspecto! yo, no os entiendo.

Rey. (*cogiendo el pliego*) Para escusar de razones
os leeré estos renglones,
y juzgareis...

Juana. No os comprendo.

Rey. Como de Cuenca venís
para pedirme merced,
os figurasteis tal vez
que era el mismo.. ..

Juana. ¿Que decis? (*con sorpresa.*)

Rey. Nada digo: de Granada
en estos campos, señora,
pensais que todo se ignora
y venís muy confiada:
mas el cielo os preparó
un desengaño funesto.

Juana. Pero Dios mio, ¿que es esto?
¿En que os he ofendido yo?
Estraño tal proceder
con la que aderasteis tanto,
que fué su voz vuestro encanto.

Rey. E inicuo su proceder.

Juana. El mio?

Rey. El vuestro, sì.

Juana. ¡Cielos!
Dudais de mi, por ventura,
¿de mi amor?

Rey. Fuera locura
hablaros, reina, de celos.

Juana. ¿Ó quizás algun traidor,
ambicioso de la gloria,
ha cifrado su victoria.
en ser falso delator?

Rey. No es delator el que puso
este papel en mis manos,
ni jamás fueron villanos
los que suscriben.

Juana. Difuso
estais por demas, traed.
Rey. Mirad sus firmas primero. (*mostrándola el pliego*)
¿Veis la de algun caballero
Que sin ser noble?..
Juana. Leed.
Rey. Su distinguida nobleza
me da una prueba de amor.
Escuchad.
Juana. Frio sudor
bañando va mi cabeza.

(*el Rey lee y doña Juana escucha con grande inqui*

SEÑOR

La nobleza de Castilla remite á V. M. la siguiente esposicion. = Los males que vuestro primer ministro marqués Villena, ha promovido en el reino á fuerza de sangre y de tirania, nos ponen en el deber de representar á V. M. y de esponerle los males que le amenazan. Vos, Señor, ignorais la sima que se os está abriendo, y ¡ay de vos! si no apartais pronto de vuestro lado á los que con rostro risueño esconden el puñal que han de clavar en vuestro pecho.

Juana. Vasallo inicuo y traidor,
y debil rey que consiente
que esa nobleza insolente
del trono manche el honor.
Rey. Son muchos reina, no es uno.
Mirad sus firmas aqui;
cien nobles son.
Juana. Ciento, si,
mas sumiso y fiel ninguno.
Rey. Harto tiempo deseché
su prudente insinuacion,
juzgando que la nacion
fuese traidora á mi fé;
mas he visto por mi mal
que el traidor que me acechaba,
cerca de mi preparaba
el asesino puñal.

Y no estaba vive Dios,
entre la chusma, señora;
era noble la traidora,
tan noble como sois vos.

Juana. Don Enrique? que pensais?

Rey. Pienso que estais muy serena:
que teniendo el alma llena
de inquietud, disimulais.

Juana. Merced os vine á implorar
por mi mal inadvertida
y hallo en vos esta acogida;
¡oh Dios! dejádme llorar.

Rey. Ese llanto que verteis...

Juana. Es el llanto del dolor,
desengaños del amor.

Rey. ¿Llorais por mi? bien haceis.

Juana ¿No he de llorar cuando miro,
tanto desden?...

Rey. Vive Dios
que he de vengarme de vos.

Juana. ¡Oh cielos! (*suspirando*)

Rey. Vano suspiro,
si acallar pensais con él
mi justo enojo, señora.

Juana. Permitid os diga ahora
que estais conmigo cruel.
Porque esta infame nobleza,
adule vuestro poder,
¿me hareis á mi padecer?
¿Donde está vuestra terneza?
¿Do aquel amor tan ardiente,
aquella ciega ilusion,
que halagó mi corazon
lisongera y consecuente;
¿todo lo habeis olvidado,?
¿No es verdad? ya no hay placer;
á la que fue tu muger....
hasta el pedir la es vedado.

Rey. Sois por demas importuna,
y datos tengo señora,

con que probaros ahora
vuestra perfidia.

Juana. Ninguna,
ninguna tendreis de mi.

Rey. Seguid si quereis leyendo (*mostrándola el pliego.*)
y podeis ver.

Juana. No os entiendo,
pero dejádmele, si. (*El rey se le da.*)

(*Doña Juana lee.*) Y mas, señor, Doña Blanca está encerrada en el castillo feudal del Marqués; su vida será muy corta, sino deteneis la mano impura de vuestra esposa Doña Juana. (*La reina lanza un grito y rompe la esposicion.*)

Juana. ¡Traidores! ¿no he de vengarme?
Vengad, oh cielos, mi afrenta.

Rey. En vano, reina lo intenta,
que de vos sabré escudarme.

(*La reina sale furiosa por una de las puertas laterales cerrándola con ímpetu.*)

ESCENA III.

El REY *despues el* MARQUES DE VILLENA.

Huyes de mi para vengarte acaso
y esquiva piensas remediarlo asi;
pero te engañas que llegó el momento
que tus inicuos planes conocí.
En vano piensas, si salir pretendes,
que esta llave sujeta tu intencion,
como inhumana á tu rival llorosa,
tienes cautiva en mísera prision.

(*Echa la llave á la puerta por donde salió la reina. El marqués de Villena abre la opuesta.*)

Marqués. Dios os guarde

Rey. Bien venido.

Marqués. S M. me permita.. (*entrando y cierra*)

Rey. Ya su presencia me irrita.

Marqués. Si acaso os he interrumpido.

Rey. Al contrario, os aguardaba.
Marqués. Celebro entonces llegar,
si pensasteis consultar.
Rey. Precisamente; acababa
de hablar de vos, y queria...
Podeis sentaros.
Marqués. Señor
me haceis en ello un honor
harto grande. (*se sientan.*)
Rey. Pues decía
que anhelando una ocasion
de hablaros, mas oportuna
no pienso encontrar ninguna
como esta.
Marqués. Teneis razon.
Rey. Quiero me hableis del Estado
y espíritu nacional.
En este tiempo ¿que tal?
¿estuvo el pueblo aquietado?
Marqués. Tranquilo todo, señor;
algunos viles no mas
sedientos de oro quizás,
nos infundieron temor.
De doña Blanca secuaces
ya ganados, ya vendidos
hace dias que aburridos
gritaron los pertinaces.
Vana esperanza tal vez
les animaba, y presumo
que convertida ya en humo,
jugaron al aljedrez
su vana esperanza loca.
Cien cabezas se colgaron
con lo que al fin se aquietaron,
siendo la sangre bien poca.
Rey. Con efecto, poca ha sido
si tal vez no se vertió
la principal, ó si huyó
la ley el mas atrevido.
Marqués. Señor, os puedo afirmar

que mas cómplices no hallé;
si los hubiese, bien sé
mil vidas sacrificar
cuando lo exije el sosten
de vuestra vida preciosa,
de vuestro trono y esposa.

Rey. Sin embargo, mirad bien
sino hallais ningun traidor
que impune os haya quedado,
ni esté acaso procesado.

Marqués. Fuera bien fácil, señor;
no alcanza siempre la ley
á todo el que la infrinjió.

Rey. Y alguno os marcara yo
que fué traidor á su rey,
y en vez de ser castigado
goza favor singular,
porque supo alucinar
á un pobre rey confiado.

Marqués. Bien pudiera un malhechor
perfidia torpe encubrir,
sin que se pueda decir
ese es falso y es traidor;
mas si le habeis descubierto
confiádmelo á mi al punto
y os afirmo que este asunto
podeis contarle por muerto.

Rey. No era muy facil que vos
de su causa fueseis juez.

Marquès. Si habrá la reina tal vez
sido traidora, ¡gran Dios! (*aparte*)
Segun fuese su delito (*al Rey*)
así juzgado sería.

Rey. ¿Y qué pena se daria
de un monarca al favorito,
que fingiendo lealtad,
soborna el pueblo y seduce,
y su ambicion le conduce
á un reinado? contestad.

Marqués. Grande es el crímen, señor,

¡soy perdido! mas no sé
ni imaginarme podré,
pueda encontrarse el traidor.

Rey. No muy dificil os fuera,
que pudierais vos hallarle.

Marqués. Si vos me mandais buscarle...

Rey. Aconteceros pudiera
que le hallaseis en palacio.

Marqués. No hay duda, fui descubierto. (*aparte.*)
Quien podrá ser no lo acierto.

Rey. Y tal vez en corto espacio,
quizás sin salir de aqui,
se halle un traidor á la ley
que hablando esté con su rey.

Marqués. Y que, ¿lo decís por mi?

Rey. Si la conciencia os lo dice
á que mas pruebas.

Marqués. ¡Señor! (*el marqués toma un aspecto iracundo.*)

Rey. Si ella os infunde terror,
vuestro rostro lo predice;
harto tiempo alucinado
me conseguisteis tener,
mas ya llegué á comprender
vuestro plan torpe y malvado.

Marqués. (*levantándose con aire altanero é iracundo.*)
¿Quien ha sido el impostor
que mi conducta mancilla?

Rey. Hablais al rey de Castilla
calmad un poco ese ardor.

Marqués. Yo os respeto como á rey,
pero tan fiera impostura
manchó mi conducta pura,
y me someto á la ley.

Rey. ¿Y qué esperanzas teneis
si os juzgase un tribunal,
con pruebas en vuestro mal
que vos mismo no sabeis?

Marqués. Si mi conciencia está pura
no temo prueba ni ley.

Rey. Temereis á vuestro rey,

y su venganza es segura.
Puesto que yo me engañaba
¿quién sino vos me sedujo
y á repudiar me condujo
á una esposa que adoraba?
y con falsa delacion
dijisteis no me queria;
que todo el reino pedia
su repudio y proscripcion.
Yo os creí, pese á mi mal,
vuestro consejo he seguido
mas al fin he conocido
mi conducta criminal.

Marqués Yo os aconsejé en verdad,
que lo hicieseis, esperando
calmar el contrario bando
de vuestro hermano.

Rey. Callad;
si ya no temblais al ver
que aunque tarde, os conocí.

Marqués. Juzgais bien pronto de mi.

Rey. ¿Quién fué el que me hizo rendir,
y atado á un árbol?

Marques. Señor.

Rey. Sin respeto y sin honor,
tuve al fin que sucumbir.

Marqués. Tiemble el que me ha descubierto. (*aparte.*)
Acaso yo...

Rey. No negueis.
¿Y dónde, dónde teneis
á doña Blanca?

Marques. No acierto
quien pudiera asi ofenderme.

Rey. Jamás se ofende á un traidor.

Marques. Os engañó el impostor.

Rey. Pues si lo estoy respondedme,
¿Do á doña Blanca teneis?
¿Está encerrada ó ya es muerta?

(*La reina golpeando la puerta donde fue encerrada.*)

Juana. ¿Quién ha cerrado esta puerta?

Rey. Callad. (*en voz baja.*)
Marqués. ¡Traidora!
Rey. No hableis.
Juana. Necio anduvo el que cerró.
Enrique, Enrique. (*golpeando.*)
Rey. Callad. (*reflexionando.*)
Sino mas bien, contestad,
decid que he marchado yo.
Juana. (*golpeando.*) Camareros.
Marqués. Me obligais? (*al rey*).
Rey. Probareis vuestra inocencia.
Juana. Nadie me oye, que insolencia.
Marqués. ¡Oh Dios! señora, ¿llamais?
Juana. ¿Sois vos, Marqués? ¿y mi esposo?
Rey. Que he salido.
Marqués. (*todo trémulo.*) No está aqui.
Juana. ¿Si me habrá encerrado á mi?
¿Abris?
Marqués. Es dificultoso,
no tengo llave.
Juana. Ni espada?
Rey. Tampoco. (*en voz baja al Marques.*)
Marqués. Señora, no.
Juana. Decid que me abran ó yo....
Marqués. Está con llave cerrada.
Juana. Acercaos; tengo que hablaros
y acaso el tiempo es urgente;
hablad al rey diligente
y procurad disculparos..
Marqués. Señora, si...(*todo convulso.*)
Rey. Bien pensado.
Juana. Nuestro plan fue descubierto
por la nobleza.
Marqués. Estoy yerto. (*aparte.*)
Juana. Le encontrareis enojado.
Disculpadme si podeis
y negadlo todo.
Rey. Bien.
Juana. Y disuadidle tambien...
Marqués. Entiendo lo que quereis. (*interrumpiéndola.*)

Juana. Si yo encontrase salida
pudiera hablaros despacio,
mas si el rey no está en palacio
proporcionadme la huida.

Rey. Decid que si.

Marqués. Bien, señora.

Reina. Si os hiciese el rey prender,
jamás llegue él á saber
que os estuve hablando ahora. (*un momento de silencio.*)

Marqués. ¡Soy perdido!

Rey. Camareros. (*llamando.*)
Ola digo, ¿no hay ninguno.?

Camarero. (*entran dos*) Señor qué mandais?

Rey. Que uno
convoque á mis consejeros
en el momento.

Camarero. Está bien.

Rey. Otro avise al comandante
que esté de guardia, al instante.

(*Los camareros hacen un acatamiento* y *se retiran.*)

Marques. ¡Qué es esto, preso tambien! (*aparte.*)

Rey. ¿Qué decis, marqués, ahora?
¿teneis la conciencia pura,
ó fue solo una impostura
de alguna lengua traidora?

Marqués. Yo á quien me manda obedezco:
vuestra esposa me ordenó
que asi lo hiciese, mas yo
el ser traidor aborrezco.

Rey. Será estraño para vos
que un rey débil é impotente
se muestre tan inclemente.

(*Se oyen voces del pueblo y ruido de gente próximo á la estancia del rey.*)
¿Qué ruido es ese?

Marqués. ¡Gran Dios! (*entra don Pelaez.*)

D. Pelaez. Señor, señor, amotinado el pueblo,
de palacio á las puertas reunido
ha intentado subir, y vuestra hermana
recorre ya el palacio en busca vuestra.

Innumerable pueblo amotinado
piden de Blanca libertad y vida:
¿debemos impedir?

Rey. No ,no, dejadlos
que suban hasta aqui, que yo los vea
y pueda su opresorregoc ijarse
y sus quejas oir; si fue impostura,
vos sois marqués, el ofendido ahora;
contestad á ese pueblo.

Marqués. Yo no debo,
vos sois su rey y su monarca solo,
contestad si podeis.

Rey. Orgullo vano.
La víctima sereis de vuestro pueblo,
de ese pueblo oprimido que gimiera
bajo el capricho de traidor ministro.

Pelaez. ¡Qué escucho! el rey con el marqués airado! (*vase.*

Marques. No habrá señor, quien mi delito pruebe.

Rey. Un tribunal que os juzgará inclemente.

Marques. Un tribunal que á su capricho juzgue:
mas el cielo querrá que yo me vengue,
mi justa queja el tribunal oirá.

Rey. Como traidor á vuestro rey.

Marques. Ninguno,
ninguno habrá que de traidor me marque.
¿Quién puede haber, qué delator vendido,
probarme pueda tan enorme crimen?
¿Quién osaria á su primer ministro
traidor llamarle con justicia?

(*Entra doña Isábel y el Vate vestido de guerrero*; *el Marques se llena de furor.*)

Vate. Yo.

Marques. ¡El Vate!

Isabel. Hermano, (*abrazando al Rey*)

Rey. Mi Isabel querida.

Isabel. Mirad al opresor de vuestra esposa
y del pueblo tambien.

Marqués. ¡Y vive! oh furia.

Vate. Aun vivo me veis y no os asombre
que eludirme pudiera de la muerte,

si mi inocencia en vuestro pecho airado
no halló justa piedad, en el verdugo
la hallé aquel dia que entregados fuimos
cien nobles á la par, y no sus manos
teñidas quiso ver en sangre mia.

Rey. Huid ó Vate, su presencia.

Marqués. ¡Oh cielos!

Rey. A mis brazos venid; cien y cien veces,
vuestra muerte lloré (*al Vate*)

Vate. No quiso el hado
sin duda que cual víctima inocente
tambien yo pereciese; y he vivido
sesenta dias fugitivo, errante,
tapado el rostro cual nocturno espia.
Pero por fin llegado es el momento
que al frente del ejército y del pueblo
mi voz oyeseis con temblor convulso.
Harto tiempo sufrió el pueblo oprimido
que ya no puede mas.

Isabel. Querido hermano.
si de algo puede el fraternal cariño
que vuestro pecho generoso encierra,
si la voz de un ejército que os ama
y de Castilla el suspirado acento
os llegan á apiadar, yo os lo suplico
venid, y á vuestra esposa libertemos
de la horrible mansion en que ese mónstruo
sugeta tiene entre cadenas duras.
Si alli la vierais suspirando....

Marques. ¡Infame!
mi guardia me vendió. (*aparte*)

Isabel. Y entre sollozos,
venganza al cielo su inocencia clama.
Venid, venid y á libertarla vamos.

Rey. No ha menester de súplicas mi seno
que está por el dolor ya lacerado.
Llegó ya el dia en que rasgose el velo
que me ofuscó con densa oscuridad.
Yo mismo le descorro, y tiemble, tiemble
mi justo encono el bárbaro opresor.

Marquès. Acaso un dia arrepentido gima
monarca débil que á la voz sucumbe
de un pueblo alucinado. (*gritería en el pueblo.*)
Isabel. Ese es el eco
que os contesta, marqués.
Marqués: Cielos, vengadme,
Voz dentro. Atrás.
Atahár. (*dentro*) Dejadme pasar.
Tengo entrada.
Rey. ¡Qué rumor!
(*Entra Atahár con un pliego en la mano.*)
Atahár. Guárdeos el cielo, señor.
Rey. Bien venido el de Aatahár.
Atahár. Su magestad no se asombre
que representante fiel,
en vos ponga este papel
de vuestro ejército en nombre.
Rey. Acepto vuestra embajada
con mas placer que pensais.
(*Le dá el pliego y hace un acatamiento; el rey lo detiene.*)
Atahár. Señor....
Rey. Mirad, no os vayais.
(*Doña Juana dentro golpeando la puerta.*)
Juana. Abrid aqui. (*movimiento en todos*)
Rey. Nada, nada. (*riéndose*)
Atahár. Señor, la reina.
Rey. Ella es.
(*El rey saca una llave y se la da al marquès*)
Tomad esa llave vos
y abrid la puerta.
Marquès. ¡Gran Dios! (*abre*)
Juana. (*saliendo*) Os doy las gracias, marqués.
¿Es un sueño? ¿quién es ese?
(*reparando primeramente en el Vate, y despues en doña Isabel.*)
Es el Vate ó yo deliro.
Isabel! ah, no me admiro
cese mi sorpresa, cese.
Isabel. Deponed esos temores.
Juana. Ya no me sorprende veros (*al Vate*

si supo al fin protegeros
la egida de los traidores.

Isabel. Mandato inicuo fue aquel
que Castilla está aun llorando.

Juana. Yo soy la reina y yo mando,
vos solo infanta, Isabel.

Isabel. Jamás lo fuérais por Dios,
que en vez de reina indulgente
tiene el vasallo inocente
un verdugo mas en vos.

Juana. Altiva sois por demas.

Rey. Oiréis la voz de Castilla.

Juana. Jamás la reina se humilla
à un pueblo infame, jamás.

(*El rey entrega el pliego á Atahár el cual lee en voz alta.*)

Atahár. Condiciones que el ejército castellano estipula á su rey D. Enrique el IV para la estabilidad de su trono.

Será puesta en libertad, y reconocida como legítima reina de Castilla doña Blanca de Navarra separando de su lado á doña Juana de Portugal, y desterrándola de su reinado.

Otro sí: El marqués de Villena será despojado de todos sus cargos y dignidades y se sugetará al fallo de un tribunal, colocándose al frente del gobierno en calidad de ministro al Arzobispo de Toledo.

Otro sí: La Infanta Doña Isabel será la legítima sucesora del Rey Don Enrique.

Juana. Ingrato fue á mis anhelos
con perfida traicion,
pueblo que da proscripcion
en pago de mis desvelos.

Marqués. En cubriendo su maldad
os halagan como á rey;
mañana os daráu la ley,
y temblareis.

Rey. (*Cogiendo la esposicion*) ¡Oh! callad.

Juana. ¿Que vais á hacer?

Rey. (*Retirandose*) A firmar..

Juana. ¡Decretar la muerte mia!
¡el que tanto me queria
tan vil pago me vá á dar!
Sin mas pruebas contra mi
que un pueblo bajo y traidor.

Rey. Ya está firmado.

Juana. ¡Oh dolor!

Marqués. Señor.

Rey. Mi sentencia di.
(*Entra Don Pelaez.*)

Pelaez. Ya el consejo reunido
os aguarda.

Rey Al punto voy. (*Vase Pelaez.*)
(*Entrega el pliego á Atahar*)

Atahár Señor, las gracias os doy.

Rey. Vuestra mision se ha cumplido,
mas ecsijo.

Atahár. ¿Que mandais?

Rey. Que custodieis á los dos.

Athár. Asi lo haré, vive Dios,
segun vos me lo ordenais.

Juana. Monarca debil é infiel,
¿y osais con tal apatia
labrar la deshonra mia
sin apiadaros? cruel.

Rey. No morireis, os lo juro:
en un castillo encerrada
quedareis, ó desterrada
solamente, os lo aseguro.
Quedaos en tanto, señores,
el consejo os juzgará.

Juan. El mi inocencia verá.

Rey. Guardaos bien, que son traidores. (*á Atahár.*)

(*Vase el rey seguido del Vate y doña Isabel. Atahár se coloca en la puerta. El marqués y doña Juana, se lanzan mutuamente miradas de indignacion.*)

Cae el telon.

ACTO CUARTO.

Sala en el castillo feudal del marqués de Villena lujosamente adornada, una mesa espléndida en su centro, copas y demas útiles para una comida. Dos puertas laterales y un balcon en el fondo. Estará vistosamente iluminado.

ESCENA PRIMERA.

EL CARCELERO *despues* ATAHAR.

Carcelero. Ya nada falta; todo está dispuesto como previno el jóven oficial... Mucho tarda en subir: sin duda estará anunciando á las guardias de este castillo la venida del marqués ó habrá mandado salir alguna escolta para que le conduzcan hasta aqui. Bien pensado; el hombre cuando trata de quitar á otro la vida, debe estar siempre prevenido, y si es posible, bien acompañado. (*se oye templar un laud*) Ola... la reina doña Blanca no se ha olvidado hoy de su acostumbrado cántico... Cómo está tan próximo su encierro de este salon, hasta aqui llegan sus desconsolados ecos: ¡desgraciada muger! (*se oye cantar á doña Blanca.*)

Si es mi destino la muerte
tranquila la espero yá
que harto en el mundo he vivido
para sufrir y llorar.
Madre de Dios,
Piedad, piedad.

Carcelero. No dice mal. Un mes ha que no canta otra cosa y pardiez que debe sentirlo asi, segun las veces

que lo repite... ¿Quién abre? (*entra Atahár*) Ola ¿Sois vos, señor oficial?

Atahár. Todavia no han llegado. Mucho tardan; pero todo lo habeis dispuesto ya segun veo.

Carcelero. Si señor, nada falta que hacer de lo que vos me dejásteis mandado, pero llegais á buena ocasion. (*vuelve á sonar el laud.*)

Atahár. ¿Quién canta?

Carcelero. Prestad atencion. Es la destronada reina que la mayor parte de la noche la pasa cantando, y por Dios que parece su cántico la agonia de un moribundo. (*Canta*)

Si ha de ser mi lloro eterno
y eterna esta obscuridad,
ó Dios no escucha mi queja,
ó esta es mi vida eternal.
Madre de Dios
Piedad, piedad.

Atahár. ¡Desgraciada!

Carcelero. ¿Habeis oido? pues asi pasa las horas durante la noche. Yo creo que vela mientras los demas dormimos.

Atahár. Puede que si.

Carcelero. Nadie dijera sino que esa muger está loca. Dias pasados entraba yo en su encierro para darla el alimento que por orden del marqués diariamente se la suministra y asi que pudo verme á la luz de mi farol se arrojó à mis pies y me los besó mas de diez veces. Yo la pregunté si me mandaba alguna cosa en que pudiera serla util, puesto que ya no pensaba volverla á ver hasta el siguiente dia, y la contestacion que me dió fue soltar una estrepitosa carcajada que repitieron las gruesas paredes de su encierro, con sonido burlesco y aterrador.

Atahár. ¿Y tú qué hiciste?

Carcelero. Me heché tambien á reir. Al otro dia me rogó encarecidamente me sentase á su lado y la acompañase á comer. Condescendí y comimos juntos aquel dia. "Os

lo confieso; me inspira tanta compasion esa muger! Durante la comida me estuvo hablando de un sueño que habia tenido. Me dijo que estaba remontada en una hermosa nube y que desde allí veia en un ameno campo todo lleno de flores, infinidad de niños conducidos por hermosas matronas, vestidas de blanco; detras de estos, aparecian multitud de jóvenes con ramos de oliva en sus cabezas, y venerables ancianos, cubiertos de pieles de cordero, y con unos cayados en las manos. Dice que volvió la vista al opuesto lado, y que allá muy lejos veia en un obscuro valle, un inmenso tropel de hombres, y que reinaba entre ellos mucha confusion y desorden; que todos se atropellaban por pasar al otro lado, y que ninguno pasaba. Reparó en que los mas llevaban unas coronas brillantes en sus cabezas y que algunos de ellos las tiraban al suelo y las pisoteaban. Dice que estaba mirando con mucha atencion en que vendria á parar aquel desorden, cuando la pareció ver entre ellos al marqués de Villena. En esto lanzó un grito dejando caer por sus megillas un torrente de lágrimas.

Atahár. Y tu, puesto que eres tan compasivo, la animarias, la....

Carcelero. Cà ¡ No señor! Me hechè tambien á llorar, y sin contestarla una palabra cerré la puerta y me salí de la torre. Os aseguro señor oficial, que hay momentos tambien muy tristes para nosotros, hay momentos en que una voz interior nos agita y nos desvela, mas el temor al castigo, y la costumbre nos hacen indiferentes á la desgracia, y la misma sensacion causa en nosotros oir los lamentos del que no vé el sol en diez años, como la algazara y festin de la mejor orgia.

Atahár. Celebro, buen carcelero, me hayas descubierto tu corazon, y puesto que mi llegada á este castillo no ha podido menos de sorprenderte quiero seguir confiándote el misterio de mi venida.

Carcelero. Haced lo que mas os plazca señor oficial, seguro de que podeis depositar en mí los mas profundos secretos sin temor de que llegue á descubrirlos.

Alahár. Cuidando estaba como te dije de la seguridad de los dos procesados mientras el consejo fallaba la sentencia de ambos; la demasiada confianza me hizo descuidar algun tanto mi deber; mas el marqués aprovechándose de ella no dudó en sorprenderme y apoderarse vilmente de mi espada. Amenazado por él, no me quedaba mas arbitrio que morir ó proporcionarles la huida. Uno y otro estremo eran para mi muy sensibles, y la natural aversion que siempre he profesado al marqués me hizo reflexionar el mejor medio para burlar sus deseos. En efecto recordé que existia en mi seno todavia un arma con que poder defenderme, la busco, y ya mi brazo iba á luchar con el de mi contrario cuando ví que el marques arrojó la espada al suelo y me pidió encarecidamente no le hiriese con aquel fatal cuchillo. En esto su semblante se llenó de la mayor agitacion y la reina Doña Juana lanzó un grito de terror. Joven oficial, me dijo ¿ese cuchillo es tuyo? Mio es, la contesté sobresaltado. ¿Quién te le confió? La suerte. Ese cuchillo le has debido al valiente coronel Roberto de Santa Fé, ¿no es verdad? Alguna vez te dijo que por él llegarias á descubrir el misterio de tu nacimiento. Verdad es, señora, la contesté. Si nos das libertad juramos conducirte á la presencia de tus padres. ¿Me engañais señora? A fé de Reina, me contestó Doña Juana. Decidme donde estan, y disponed de mí. Si sabeis quienes son, decídmelo. Viven, viven? conducidme á su presencia, dejádmelos ver. La libertad y no tardarás en conseguir tus deseos. En efecto, conociendo que ellos estaban enterados el secreto de mi nacimiento, y luchando entre el deseo y mi deber, me decidí por lo primero, aunque fuese á costa de mi honor.

Carcelero. Hicisteis bien, yo en vuestro caso hubiera obrado del mismo modo.

Oficial. Para efectuar la fuga me fué preciso sobornar á seis centinelas con la mayor esposicion, pero afortunadamente ya estan en camino de este castillo, donde me prometieron presentarme á mis ignorados padres.

Carcelero. En verdad, Sr. oficial, que me habeis contado

cosas bien raras. Tambien pudiera referiros algunas, pero creo no han de ser nuevas para vos. Sabeis que la muerte de aquel malhadado Vate Ausias Marc, á quien la Reina Doña Juana hizo colgar con los cien nobles de aquella insurreccion ha sido una solemnísima mentira. El pícaro del verdugo aseguró que le habia ahorcado y á pocos dias le vi pasar desde una ventana de este castillo al frente de un magnífico escuadron del Rey D. Enrique.

Atahár. Efectivamente que asi fué (*suena ruido de coche*) ¿mas que ruido es ese? sin duda será el maqués, no pierdas tiempo; (*se asoma al balcon*) ellos son, sal tu á recibirlos y condúcelos hasta aqui.

Carcelero. Voy al punto. El cielo cumpla vuestros deseos. *Vase.*

ESCENA II.

ATAHAR *despues* DOÑA JUANA *y el* MARQUES.

Atahár. Llegó el momento fatal
del sacrificio, marqués;
mal has pensado, muy mal,
si en sangre inocente crées
he de teñir mi puñal.
Tu quisiste en mi encontrar
de doña Blanca el verdugo,
nunca lo fué el de Atahár
y si seguirte me plugo
muy distinto me han de hallar.
¿Cómo partidario fiel
de la reina Blanca, hoy
he de olvidarme cruel
que todo cuanto yo soy
lo debo á ella y no á él?
No en vano horror le causó
mi cuchillo, y te prometo
que si la fuga te dió,

descúbreme tu el secreto
despues me vengaré yó.
Tu me exigiste inhumano
diese á la reina la muerte
te has engañado, tirano,
hoy sucumbes á la suerte
ó ha de vengarte mi mano.
Ya el rey no debe tardar
pues le escribí en el camino
hice al marqués rodear,
y á mi ver casi imagino
que presto debe llegar.
Entre tanto se entretiene
á la reina y al marqués
mientras saber me conviene
si tengo padres, (*óyese abrír la puerta*)
él es
y con él la reina viene.

(*entra doña Juana seguida del marques.*)

Marqués. (*Desde el dintel de la puerta hablando con el carcelero.*)
Condúcela al punto aqui:
toma, si me has entendido; (*dándole dinero.*)
de aqui á un hora es concluido,
adios.

Carcelero. Señor, lo haré asi. (*el carcelero vase y cierra.*)

Juana. Guárdeos el cielo, doncel. (*A Atahár.*)

Marques. Mucho esperásteis, por Dios.

Atahár. Para aguardaros á vos
se me hizo el tiempo cruel.

Marques. Sabeis el plan concertado.

Atahár. El banquete está dispuesto.

Marques. En cualquier trance funesto
serenidad te he encargado.

Atahár. No hay razon para temer
encerrado en estos muros,
pues os creo bien seguros.
Solo mi anhelo es saber
si aqui mis padres estan.
Si he de abrazarlos ahora

Decídmelo vos, señora,
y al punto cede mi afan.

Juana. Breves momentos quizás
tardarás en conocerlos.

Atahár. Al pensar que ora he de verlos
se agita mi mente mas.

Juana. ¡Dios mio!

Marques. Pues tú lo quieres,
voy á calmar tu ansiedad.

Atahár. Decídmelo, por piedad.
¿Están aquí?

Marques. Y si sintieres
despues de verlos.....

Atahár. Amor.
¿Cómo podrá hallarse un hombre,
que al mentar el dulce nombre
de padre consolador,
no sienta dulce impresion,
que como rayo del cielo
llena el alma de consuelo
y de gozo el corazon?
¿Cómo poder resistir
este impulso natural
si nace con el mortal
y le sigue hasta morir?

Marques. En efecto; ¿y si quizás
no fuese noble tu cuna?

Atahár. Esa no es causa ninguna
para no adorarlos mas.

Marques. Y si lo fuese?

Atahár. Tambien.

Marques. ¿Y si siendo noble, hubiera
secreto que conviniera
encubrir para tu bien?

Atahár. Vos decidme quiénes son,
y guardad ese secreto.

Marques. Si te conformas, prometo
satisfacer tu intencion;
mas es preciso primero
cumplir con lo prometido;

despues que me hayas servido
tambien complacerte quiero.

Atahár. ¡Horror me inspira mirarle! (*aparte*).

Juana. Conduce aqui á mi rival,
que pasa para mí mal;
tiempo que puede burlarme.
De Doña Blanca la muerte
es la prueba que has de dar;
¿y el veneno?

Atahár. Aquí ha de estar.
(*Sacando un pomito del seno*).

Juana. Pues cumple ya, que es tu suerte.

(*Se dirijen los dos á la mesa y Doña Juana le ofrece una de las copas en la cual Atahár vierte el veneno á presencia de ella, mas este aprovechándose de un momento en que doña Juana se dirige al marques, vierte el licor donde echó el veneno en otra copa de las que están en la mesa.*)

Atahár. Derramo licor, y en esta
bien el líquido cabrá;
¿quién de los tres morirá? (*aparte*)
cambiemos, poco me cuesta.
(*cambiando de sitio las copas.*)

Juana. Quiero que unidos los tres
demos muerte á esa traidora:
¿podré fiarme?

Atahár. Señora,
¿y mi secreto?

Juana. Despues.
(*ábrese la puerta del fondo.*)

Juana. ¿Quién abre la puerta?

Marques. Será el carcelero.
Quizás doña Blanca con él subirá.

(*Aparece doña Blanca conducida por el carcelero.*)

Juana. Es ella.

Atahár. ¡Dios mio! Su pálido rostro
predice la suerte que presto tendrá.

Blanca. Espléndida mesa, y allí los traidores
preparan acaso mi muerte precoz.

Carcelero. Ya vuestro mandato cumplí sin demora.
(*Al marques.*)
Marques. Pues parte y vigila, que el tiempo es veloz.
(*V. el carcelero*) (*Doña Blanca se aproxima mas al foro*)
Juana. Salud, Doña Blanca.
Blanca. ¡Dios mio!
Marques. Él os guarde.
Atahár. Su rostro es mas bello que el de un serafin. (*ap.*)
Juana. El cielo se muestra propicio este dia
y vuestros pesares tocaron su fin.
Blanca. No es fácil, señora, que vana esperanza
aliente mi seno que agita el dolor.
Juana. Parad ese llanto, que el rey vuestro esposo
hoy viene á salvaros henchido de amor.
Blanca. Decidme, ¿á qué viene? tal vez á injuriarme.
Juana. A daros el cetro que es vuestro.
Blanca. Callad.
¿Me engañais, señores?
Marques. (*dándola un pliego*) Tomad esta órden,
que el rey vuestro esposo me ha dado; mirad.
Blanca. Recelo me inspira quien nunca ha podido
guardar en su seno jamás compasion,
mas al fin si muero, si soy engañada,
vuestro será entonces mayor el baldon.
¿A ver? (*revisando la carta.*)
Juana. (*Al marqués*) Nuestro triunfo se logra sin duda.
Marques. Jamas suplantara su firma mejor.
Blanca. Su letra es aquesta, ¿podrán engañarme? (*ap.*)
Atahár. Ardid es el suyo de infame y traidor.
Blanca. (*Leyendo.*) Marqués, tu justo arrepentimiento ha turbado mi corazon, inclinándome á la verdadera senda de la justicia. La paz del reino, y la tranquilidad de mi espíritu, exijen me determine á volver á mi esposa Doña Blanca al trono que ante Dios y los hombres la corresponde; para lo cual preparaś un banquete en el salon mas espacioso que haya en ese castillo, desde donde tú y Doña Juana partireis para Portugal, segun estamos ya de acuerdo. Pocas horas te doy de ventaja para que la comuniques mi llegada.= Yo el rey.

Esta es su firma; la conozco tanto!
pudiera ¡oh cielos! engañarme asi.
(*Vuelve á repasar la carta con la vista*)

Marques. ¿Dudais, señora? ¿vacilais acaso?
un trono se os prepara desde aqui.

Blanca. Es cierto; un trono se me ofrece ahora,
y un dia ó vuestro amor ó el atahud,
y vos, marques, vos mismo erais entonces
con la misma apariencia de virtud.

Marques. Verdad que os engañé; que yo he querido
atormentar vuestra inocente vida
con el duro rigor, mas mi conciencia
de amargura y afanes combatida
no puede por mas tiempo indiferente
veros sufrir con amargura tanta:
al rey espuse mi tremendo crímen
y el dolor me anudaba la garganta;
le conté vuestro estado, mi perfidia,
le recordé tambien sus desvaríos,
en fin, vuestro rival deciros puede
cuánto lloraron ¡ay! los ojos mios.

Juana. Yo misma, yo le ví, que sollozando
regó los pies de vuestro caro esposo
pidiendo compasion, y yo convulsa
no hallando ya en mis crímenes reposo
por vos yo le imploré; yo que otro tiempo
fundé mi orgullo ¡oh Blanca! en oprimiros,
tambien entonces conocí mi crímen,
y el trono que os robé, vengo á rendiros.

Blanca. Gracias os doy, si vuestro pecho encierra
la justa compasion que me mostrais,
si tantas pruebas ofuscarme pueden
la vida me quitad, si me engañais.

Juana. No pueden por mas tiempo nuestros ojos
veros sufrir con bárbara opresion;
á mis brazos venid, reina inocente,
y con ellos me dad vuestro perdon.

Blanca. ¿Implorais el perdon de la que supo
en medio del tormento perdonar? (*abrazándola*)
tambien, señora, en mi sombrío encierro

á la Vírgen por vos supe rogar.

Marques. Permitidme, señora, que el primero
llegue á besar vuestra nevada mano
como reina que sois, y hasta la muerte
un súbdito hallareis, no ya un tirano.
(*La besa la mano*).

Atahár. (*aparte*). Un ósculo de muerte la prepara
é ignora él mismo su fatal destino.

Blanca. ¿Y ese jóven? (*reparando en Atahár á quien no habrá mirado aun, durante la escena*).

Marqués. De vos fiel partidario,
enviado del rey conmigo vino.

Atahár. La obligacion me trajo á este castillo,
y un deseo tambien que he de lograr.

Blanca. Un deseo, ¿cuál es?

Marqués. (*Interrumpiéndole.*) Solo el de veros.

Atahár. (*aparte*). Serán las ocho, el rey debe llegar.

Blanca. Vuestra embajada, ó jóven, agradezco.

Atahár. Como vasallo y militar, señora,
amaros con respeto es mi deber.

Marques. En tanto llega el rey, sentaos ahora.

(*Las dos reinas ocupan asientos de los de la mesa. Atahár y el marques permanecen en pie, y retirados á un lado del foro para hablar entre sí.*)

Marqués. Ya veis lo bien que se prepara todo;
¿cuál es la copa del mortal veneno?

Atahár. (*ap.*) Pues llegó mi ocasion, no he de perderla.
De las tres, la del medio. (*hablando con él*).

Marqués. (*hablan en secreto*). Basta, bueno.

Blanca. Estoy, señora, de sufrir rendida. (*á D.ª Juana*)

Juana. Necesitais sin duda descansar.

Blanca. Un mes de encierro en calabozo obscuro,
logró mi vista y fuerzas acabar. (*hablan en secreto*)

Marqués. De esta estancia saldrás, de aqui á un momento
fingid que llega el rey, lo has entendido?
y con marchas y víctores sonoros
gritarás con mis guardias reunido;
brindaremos los tres á su llegada,
beberá doña Blanca y...

Atahár. (*aparte*). Te envenenas.
Marques. Tres caballos verás ya preparados
para la fuga; acallarás tus penas,
abrazarás à tus queridos padres;
en fin, no pierdas un instante, vuela,
resérvalo por Dios, despacha, corre, (*dándole una llave*
toma esta llave; adios, tú me consuela.
(*El marques va á reunirse con las dos reinas. Atahár le sigue con la vista.*)
Atahár. Caminas á la muerte, y te apresuras,
la hora llega ya, mi triunfo es cierto.
Blanca. ¿A dónde vais?
Atahár. Señora, á la atalaya
á ver si viene el rey.
Blanca. Dios te dé acierto.

ESCENA III.

Dichos menos ATAHÁR.

Marqués. ¡Qué grato es el momento que os espera
al lado de un esposo que os adora!
Hoy renace la aurora
brillante y hechicera,
que ha de alumbrar vuestra amorosa vida
siendo mas grata cuanto mas querida.
Blanca. Sin duda el cielo se apiadó indulgente,
y amor y compasion os infundió,
que el sufrir inocente
cual he sufrido yo,
aplaca de un Dios justo la venganza,
y la resignacion todo lo alcanza.
Juana. Sufristeis, es verdad, y alli oprimida
en un encierro entre cadenas fuertes,
aun fué mas que mil muertes
pasar tan triste vida,
mas ya por fin vuestro pesar es muerto
y vuestro porvenir plácido puerto.
No fuí culpable, no, Blanca inocente,
en ocupar vuestro dosel dorado;

un rey estraviado,
voluble, inconsecuente,
un trono me ofreció, yo le aceptaba
porque el brillo real me deslumbraba.

Blanca. Y entónces sin mirar mi desventura
no hallando en mí mas crimen que el amarle,
¡qué digo! idolatrarle
con sin igual locura,
mis cariños de amor no le halagaron.

Juana. Señora.

Blanca. Sí; muy mal se me pagaron.

Marqués. Empero vuestros males concluyeron,
que ya tocais el fin de vuestras penas;
y rotas las cadenas,
que ¡ay triste! os oprimieron
sereis feliz. (*Doña Blanca acometida por un desmayo reclina la cabeza sobre la mesa.*)

Juana. ¿Qué es eso? se desmaya.
¡Infeliz!

Marqués. ¿Qué decís.

Juana. Tiemblo.

Marqués. Malhaya
de vos, os digo si temblais, señora;
es esta la ocasion, no hay que perderla,
asi que vuelva ahora,
debemos ofrecerla
licor, que piense fortalece el alma,
y muere sin notarlo en dulce calma.
Esta es la copa, ¿vacilais? tomadla (*ofreciéndosela*)

Juana. Un temblor convulsivo me atormenta.

Doña Juana reusa tomar la copa, mas el Marques intenta darla de beber antes de que vuelva de su letargo.

Marques. Sí asi mismo... dejadla; (*sosteniéndola él*)
que ella misma no sienta...
Es imposible.

Juana. Basta... ¡cielo sánto!
yo tiemblo.

Marques. Voto á tal, no tembleis tanto.

Blanca. ¿Quién me... llama?... (*volviendo en sí*)

Juana. Señora.

Blanca. ¿Dónde estoy?
Juana. A nuestro lado, aqui, junto á nosotros.
Blanca. (*incorporándose*) Voy á buscarle, voy.
¿No me dejais vosotros?
Marques. ¿A quién, señora?
Blanca. Al rey.
Marques. (*ofreciéndola la copa*) Bebed primero,
Si estais desfallecida.
Blanca. No, no quiero.
Me dijisteis que sí, yo quiero verle;
quiero ver á mi esposo. y abrazarle.
No puede aborrecerle
quien supo idolotrarle.
No me lleveis á la prision, que ahora
saldré yo á recibirle.
Marques. Bien, señora.
Blanca. Dejadme ya por Dios, ¿dónde está? dónde?
Juana. Muy pronto le vereis.
Blanca. Vuestra falsía
sin duda me le esconde;
no turbeis mi alegria:
si he de volver á sus amantes brazos,
no me ligueis con tan crueles lazos.
(*Se oyen vivas y marcha real bastante lejano.*)
Marques. ¿Oís, señora?, ois? él es sin duda;
proclaman esas voces su venida.
Blanca. Mi garganta se anuda, (*con estremada alegría y aproximándose al balcon.*)
aquí está tu querida,
llega, mi esposo, y sube á este castillo;
guiadle, que es el rey; fuera el rastrillo.
(*Suenan vivas algo mas cercanos; Doña Blanca se dirige á la puerta del fondo que habrá cerrado Atahár al salir.*)
Marques. Las voces de mi guardia le proclaman.
Blanca. ¿La llave de esta puerta?
Marques. El rey la tiene.
Oid como le aclaman.
Señoras, mientras viene
brindemos su llegada con reposo,

brindemos por el rey.

Blanca. Yo por mi esposo.

Se dirigen los tres á la mesa y el Marques sirve copas á las dos Reinas, cuidando de dar la de en medio á Doña Blanca.

Marques. (*brindando.*) Sea el licor que bebo entusiasmado
raudal de vida, de virtud y gloria,
que borre la memoria
de mi crímen pasado,
y dé á mi seno la perdida calma;
á mi reina, salud, vida á mi alma. (*bebe*)

Juana. Yo brindo por el rey; no por mi esposo
que injusto fué mi enlace para Dios,
vivid en el reposo,
que mereceis los dos,
y si cifrais en él vuestra ventura
feliz os haga Dios desde su altura.

(*Suenan vivas y marcha real menos distante.*)

Blanca. Yo no brindo, señores, mal pudiera (*Con la llenarme de alegría este licor, copa en la mano.*)
si cuando yo bebiera
brindando por mi amor,
no tuviese tambien igual consuelo
de haceros á los dos felices. (*Arroja el licor.*)

Marqués. Cielo;
ha arrojado el licor, todo perdido.

(*Doña Blanca se asoma al balcon; doña Juana se adelanta al proscenio con semblante agitado.*)

Blanca. Mucho tarda en llegar, si yo le viera...

Juana. Mi pecho enardecido
està... si yo pudiera...
siento un fuego interior que me devora.
Yo me abraso...! Dios mio.

Marques. Qué, señora,
¿qué os pasa? ¿qué sentís?

Juana. Socorro, cielos,
mi corazon se abrasa..... Soy perdida.

(*Se deja caer en un sillon.*)

Marques. Se aumentan mis recelos.

Juana. ¡Dios mio! fuí..... vendida.....

(Suenan vivas mas cercanos.)

Blanca. Ya llega el rey, miradle.

(Observando en el balcon.)

Marques. *(Mirando á Doña Juana)* ¡Desdichada!

Blanca. Ya llega. *(Viniendo hácia el Marques.)*

Marques. ¡Oh furia!

Juana. Estoy... envenenada..

Blanca. ¿Qué es esto? ¿qué teneis?

Juana. Blanca, dejadme.

Marqués. Nos ha vendido nuestro falso hijo.

Juana. Blanca.. Blanca.. perdonad...me,
el cie..lo..me mal..dijo *(espira.)*

Blanca. Traicion, traición..

(vuelven á sonar vivas y marcha Real.)

Marques. Soy engañado.
Quizás tambien me habré yo envenenado.

Blanca. La muerte á las dos juntas preparaste
traidor, traidor ¿no te confunde el cielo?
Si aun no te saciaste...

(arrodillándose delante de él)

Marqués. Es justo mi recelo;

(oyese ruido próximo á la puerta)

La voz del rey, ¡oh furia!

(voz dentro) Abrid la puerta.

Marqués. Ya que yo muera que te encuentre muerta.

(Saca la espada para herirla á tiempo que entra el Rey á cuya vista se sobresalta y arroja al suelo la espada.)

ESCENA ULTIMA.

EL REY, DOÑA ISABEL, *el* VATE *y gran comitiva con hachones encendidos.*

Rey. Deten, oh monstruo, tu cortante espada.

Blanca. Enrique, abrázame. *(Arrojándose en los brazos*

Isabel. *(Reparando en Doña Juana)* ¡Cielos! *del rey.)*

Rey. *(Abrazando á Doña Blanca.)* ¡Esposa!

Isabel. ¡Doña Juana! *(Observando á Doña Juana.)*

Marques. Murió.

Atahár. *(Entrando con el cuchillo en la mano.)*

¿Dó está el tirano?

Algunos. Vedle allí, vedle allí. (*Señalando al Marques.*)

Vate. Muera el villano.

(*Atahár coge de una mano al Marqués.*)

Marques. (*Deteniéndole.*) Tu mano es alevosa;
aquella que allí ves era tu madre.
(*Señalando á Doña Juana.*)

Atahár. Pues muere tú tambien. (*hiriéndole.*)
Yo soy.. tu pa..dre. (*espira.*)

Atahár lanza un grito y arroja al suelo el puñal; los demas presentan un cuadro de admiracion.)